

FOLLETOS
POLITICOS Y LITERARIOS
DEL
TIO CAMORRA
Y
EL JESUITA.

Folleto I.

CARTA QUE AGERCA DEL MUY APLAUDIDO DRAMA ISABEL LA CATÓLICA DIRIGEN AL EXMO. SR. CONDE DE SAN LUIS, VIZCONDE DE PRIEGO, EL JESUITA Y EL TIO CAMORRA, PRECEDIDA DE UNOS CUANTOS PIROPOS AL SANTONISMO QUE, AUNQUE NO VIENEN AL CASO, DARÁN UN RATO DE BUEN HUMOR Á LOS SANTONES.

MADRID:
IMPRENTA DE M. DIAZ Y COMPAÑIA,
Calle de la Encomienda núm. 40.

1850.



Sr. conde y vizconde :

Los que tenemos el singular capricho de dirigir á V. E. estas inocentes líneas somos dos pobres mortales, que solemos mostrar menos empeño en crearnos una reputacion propia, que en destruir la reputacion usurpada de los demas. Muchos ídolos falsos hemos derribado de su pedestal de gloria; muchas popularidades inmerecidas hemos desmoronado; muchas coronas hemos arrancado de sienes indignas; muchos diplomas de patriota, de sabio ó de hombre de bien, llenos de enmiendas y raspaduras, nos hemos complacido en hacer pedazos. Porque tal es, señor conde y vizconde, nuestra mision en el mundo; hemos nacido para criticar y murmurar como V. E. para ser conde y vizconde; cuando no criticamos, cuando no murmuramos, nuestra na-

turalaleza deja de cumplir su ley. Criticamos y murmuramos por la misma razon que el fuego quema y que el agua moja ; por la misma razon que Breton hace siempre buenos versos y Rubí los hace siempre malos; porque no podemos hacer otra cosa. O mucho nos engañamos, ó las primeras líneas que escribimos fueron ya una invectiva. Es seguro que si nunca hubiésemos tenido nada que censurar, nunca hubiéramos tenido nada que escribir.

Hace, sin embargo, mucho tiempo, Exmo. Sr., que el PALETO DE TORRELODONES no dice tus ni mus y que el JESUITA no dice mus ni tus. Escribíamos el TIO CAMORRA y los POLÍTICOS EN CAMISA, cuando las córtes, dejándose arrebatat por un arranque de filantropía, pusieron en las manos del gobierno, de que V. E. forma parte, la filantrópica espada de la dictadura. El editor de los POLÍTICOS tuvo miedo, y recogió velas á toda prisa, sin que para tranquilizarle fuesen suficientes las mil y una promesas que le hicimos de navegar por el tempestuoso mar de la política, mientras durase la borrasca, con las gábias rizadas y cargadas las mayores.—No, nos dijo el editor, aunque naveguemos á palo seco, nos estrellaremos en los escollos de las facultades extraordinarias; no sé que empeño tienen Vds. en arrastrarme consigo á Filipinas; con todo el fruto de las suscripciones no ganaría bastante para antispasmódicos.» En cuanto al TIO CAMORRA, sucumbió á una indirecta del padre Cobos. La autoridad pasó un oficio al editor para que suspendiese inmediatamente la publicacion, y aunque esta orden era inmotivada

é injusta á todas luces, como la autoridad tenia fuerza para hacerse obedecer y el editor no la tenia para resistir, la publicacion se suspendió.

Vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos,
que Dios ayuda á los malos
cuando son mas que los buenos.

Y allá van leyes donde quieren reyes.

Cesaron los POLÍTICOS, cesó el TIO CAMORRA y cesamos nosotros, todo por haber cesado la Constitucion. Dos años, señor conde y vizconde, llevamos ya de cesantía. Verdad es que durante este interminable bienio el TIO CAMORRA se transformó en D. CIRCUNSTANCIAS, y metamorfoseado de esta manera, despues de escribir unos cuantos meses por su cuenta, se encargó por algun tiempo de llenar una vez la semana las últimas columnas de la REFORMA. Verdad es que durante este mismo bienio el *Jesuita* escribió dos meses en el periódico de las épocas, alias ESPECTADOR, cuya direccion le escamotó con una destreza de Macallister, para hacer de ella el uso que todos sabemos, un hombrucillo tan pobre de inteligencia como de estatura y tan torcido de alma como de cuerpo; verdad es que el mismo *Jesuita* escribió otros dos meses en la LEY, periódico de que se titulaba director un tal Altamirano; verdad es que el mismo Jesuita al aparecer la NACION, entró de redactor en el periódico que dirige el señor Sagasti, sin haberse dignado jamás

dicho señor Sagasti escribir en él una sola línea, ni siquiera en el prospecto, á pesar de ser él el único que lo firma; pero tampoco el *Jesuita* permaneció en la NACIÓN mas que unos cinco meses, durante los cuales, amen de algunos artículos de política interior y de algunas revistas políticas, científicas y religiosas, escribió diariamente dos y tres artículos de política exterior, pudiendo decirse que por espacio de cinco meses esta parte del periódico corrió exclusivamente á su cargo. Ya sabemos que todo lo que acabamos de decir no viene al caso, señor conde y vizconde; pero nosotros somos así, nos gusta decir siempre las cosas que no vienen al caso, y cuando escribimos, lo hacemos para darnos gusto á nosotros mismos. Para murmurar de todo el mundo tomamos la ocasion por los cabellos. A mas de que durante este último bienio hemos pasado quince meses condenados á no decir esta boca es mia, y hombres como nosotros, que pertenecen al *genus irritabile*, que de dia y de noche segregan bilis incasantemente, si pasan mucho tiempo sin desprenderse de ella, cuando les llega la suya, la arrojan toda de golpe y en todas direcciones. Tenemos, señor conde y vizconde, que arreglar muchas cuentas con muchas gentes. Los moderados nos han perseguido mucho, y los progresistas nos han estafado mucho. Todavía no nos han pagado lo que nos deben los señores que componian la junta del ESPECTADOR cuando nosotros dirigiamos aquel periódico, siendo de advertir que á la sazón presidia la junta uno que fué ministro de Gracia y Justicia y que se está muriendo

de ganas de volverlo á ser, y figuraba en ella además, como uno de sus mas influyentes vocales, el célebre diputado Angulo, hombre, como V. E. sabe, mucho mas rico que elocuente, pero por desgracia nuestra tan enemigo de soltar dinero como de soltar palabras. ¿El señor Sagasti desea acaso oír su primer discurso para escribir él su primer artículo?. Seria una cosa magnífica una crónica parlamentaria escrita por el señor Sagasti sobre un discurso pronunciado por el señor Angulo. Desgraciadamente nos parece que el señor Angulo morirá sin haber empezado á pronunciar su primer discurso, y de consiguiente el señor Sagasti morirá sin haber empezado á escribir su primer artículo. Si todos los diputados fuesen como el señor Angulo y todos los periodistas como el señor Sagasti, no temeria ningun gobierno los embates de la oposicion; no tendrian que cerrarse córtés ni que suspenderse periódicos.

¡Si V. E. conociese como nosotros á los santones del partido progresista! ¡Válganos Dios que patulea! ¡Y es posible que el partido moderado trate de atraerse semejantes nulidades! ¿No ha adquirido ya una nutricion bastante falsa, no se ha hipertrofiado ya bastante, asimilándose á los que combatieron la libertad durante los seis años? Juicio, señor conde y vizconde, juicio; no tome V. E. la hinchazon por verdadera nutricion. No sacrifique el partido moderado el alma al cuerpo; no pierda fuerza para adquirir volúmen. El dia que se consume la fusion de los santones del progreso con los moderados, la libertad habrá centuplicado sus probabilidades de vic-

toria. Porque los santones no son mas que la rémora del partido progresista. Sin ellos no se hubiera desalojado á los liberales de su posicion ventajosa en el año 43, y sin ellos desde el año 43 acá no se hubieran malogrado las ocasiones que han tenido los liberales para recobrarla. Hacen bien, hacen muy bien en pasarse á los moderados; es el único servicio que pueden prestar á la libertad. El pueblo para maldita de Dios la cosa les necesita; como hombres de direccion carecen de inteligencia y de virtudes: como hombres de accion carecen de resolucion y de denuedo.

A pesar de su vanidad característica, los santones tienen la conciencia íntima de su nulidad. Por eso, odiando como odian á la juventud mortalmente, recurren alguna vez á los jóvenes para la redaccion de los periódicos de que ellos suelen llamarse directores. ¡Y si V. E. supiese de que modo tratan á los redactores, y de que modo los redactores se dejan tratar! ¡Es un ascó! Pero ya se ve; hay una infinidad de hombres improvisados en la carrera periodística, que con tal que se les llame escritores públicos, con tal que cuando se les dá una noticia puedan decir: eso es viejo, lo sé desde ayer, lo lei en la *Presse*, en los *Debats* y en las hojas litográficas; con tal que puedan ir á farolear en la tribuna de los periodistas haciendo como que toman apuntaciones; con tal que puedan ir al Hipódromo, al teatro Español, al del Drama ó á cualquier otro á sentarse en la luneta de la redaccion, se creen unos grandes hombres aunque no sepan gramática

(lo que los santones nose hallan en estado de conocer) y consienten no solo que no se les retribuyan sus trabajos segun lo convenido, sino que un Lerin, un Altamirano ó un Perico de los Palotes les enmienden la plana, para echarla á perder si está bien y para empeorarla si está mal. ¡Y ellos lo sufren con una resignacion estoica para no esponerse á una fulminante cesantía. Conocemos á un fulano que nos le hemos encontrado en casi todas las redacciones á que hemos pertenecido, pues es hombre que á trueque de llamarse redactor, seria capaz, no solo de trabajar gratis, sino de dar dinero encima. Ese tal escribe desgraciadamente mucho, pues es sabido que lo malo siempre abunda. Raras veces acierta á escribir una línea sin un ataque al sentido comun y otro ataque á la ortografía; pero es tan negra su estrella, que si alguna vez dá la casualidad que escriba correctamente tres palabras seguidas, precisamente éstas palabras son las únicas que modifican los officiosos censores, sustituyéndolas con otros tantos disparates. Es decir que le arrancan una muela sana, dejándole todas las cariadas. ¡Atinados censores! Podria decirse de su acierto lo que de don Carlos decia cierto general carlista, quien para dar una idea del don de errar que caracterizaba al Pretendiente, lo hacia en estos términos: «Si don Carlos metiese veinte y cuatro veces la mano en un puchero en que hubiese veinte y cuatro anguilas y una culebra, y se propusiese sacar una anguila, veinte y cuatro veces sacaria la culebra.»

Para que V. E. acabe de convencerse de lo que

es la falta de criterio de esos hombres, basta decir que todos los artículos nuestros que han sido denunciados han pasado antes por el tamiz de su censura, y han merecido el V.º B.º de los padres graves, siendo digno de notarse que si alguna vez se han permitido introducir en ellos alguna enmienda, lo que siempre se ha verificado sin nuestro consentimiento y hasta sin nuestro conocimiento, precisamente sobre esta enmienda se ha fundado la denuncia. Y luego andan por ahí diciendo que somos indomables, que tenemos un genio de demonios, que con nuestra falta de moderacion comprometemos los depósitos, y todo eso lo dicen porque nuestro amor propio no nos permite sufrir con resignacion que metan la hoz en nuestra mies hombres tan torpes como ellos, y porque cuando no se nos paga reclamamos lo que se nos debe. En una redaccion progresista no hay santón que no se crea con derecho para mandar á un escritor, pero cuando llega el día en que han de cobrar su salario aquellos pobres proletarios de pluma, aquellos albañiles de frac, que son sin duda de peor condicion que los de chaqueta, no aparece un mandarín á cuatro leguas á la redonda. Entonces la redaccion, mas bien que una redaccion, parece una oficina del estado. Todo se vuelve fumar, y lo que es peor, fumar de gorra. Los fumadores de puro fuman papel, lo que prueba que los fondos se hallan en un estado deplorable. Los fumadores de papel fuman tabaco de puntas, que suelen liarlo con retazos de fajas de periódicos. Los que hasta de puntas carecen recogen las puntas de las puntas de

los que fuman puntas, y tragan ávidamente aceite empireumático hasta quemarse los dedos. Todos fuman, á escepcion de esos entusiastas que hay en toda redaccion, los cuales, como hemos dicho, con tal que se les llame redactores, son capaces de trabajar gratis y hasta de dar dinero encima. Los demas fuman y murmuran. ¡Si V. E. oyese las lindezas que dicen entonces de los santones los que de oficio les ensalzan diariamente!—¿Sabeis, dice uno, que el discurso que ha pronunciado el diputado A., y que tanto he elogiado en la crónica de hoy, está plagado de barbaridades?—¡Pues! dice otro, ¡y el artículo que ha mandado el ex-ministro B. Me lo han entregado para que lo enmendase, y no he podido aprovechar de él una sola línea! Preferiria haberlo hecho nuevo. Ya se vé: como á nadie se le exige en España para ser ministro que tenga sentido comun!—Entre paréntesis, dice otro dominado por una idea fija, ¿cuando cobramos?—Que sé yo! He visto á fulano, que es el que mas manda aquí, y me ha dicho que él nada tiene que ver con la administracion, que viese á zutano; he visto á zutano y me ha dirigido á mengano, y mengano otra vez á fulano, y fulano otra vez á zutano.—¡Pues estamos aviados! A mi el casero no me deja á sol ni á sombra; me tiene sitiado hace quince dias.—Yo al mio, á fuerza de decirle que vuelva mañana, ya le he obligado á levantar el sitio.—Mirad mis botas como se rien de mi miseria.—Mirad mi gaban como se rie de mis botas.—Pues, señores, estoy por el comunismo.—Y yo.—Y yo. Con estas y otras murmuraciones entretienen

el hambre y aguardan que llegue un individuo cualquiera de la junta ó de la empresa, hasta que cansados de esperar se van á dar cumplimiento á una cita que tienen con un prestamista filantrópico, que no les lleva mas que cuatro reales al mes por duro. ¿Y los santones tan frescos! ¿Qué le parecen á V. E. los santones? ¿No es verdad que si no saben ellos mismos redactarse un periódico y no tienen dinero para pagar á otros que se lo redacten, deberían pasarse sin periódico? ¿Pero entonces quién los alabaría?

Casi sentimos, señor conde y vizconde, haber hecho de los santones del progreso una pintura, aunque tan ligera, tan fiel, porque despues de ella es casi imposible que los moderados no se resistan á la proyectada fusión, lo que seria para el pueblo la mayor de las calamidades. Por si acaso despues de esta pintura, que nada tiene de exagerada, no renuncia el bando moderado á asimilarse los corifeos del progresista, creemos cumplir con una obra de caridad indicándole los medios de que ha de valerse para la pronta realizacion de su proyecto. Los santones tienen tres flancos vulnerables: son ambiciosos, presuntuosos y cobardes; el partido dominante puede atraérselos fácilmente, cebándolos con un poco de turrón ó con una ciuta, ó metiéndoles miedo con cuatro soldados y un cabo. Respondemos de la virtud infalible de cualquiera de los susodichos medios.

Ya hemos dicho, señor conde y vizconde, que, despues de tanto tiempo como hemos pasado sin

murmurar, tenemos un gran depósito de hiel almacenada. Con intencion, antes de ocuparnos de ISABEL LA CATÓLICA, hemos derramado sobre el santonismo progresista una gran parte de nuestra bilis, para que sea menos amarga la crítica que nos vemos obligados á dirigir al señor Rubí por haber hecho de ISABEL LA CATÓLICA un drama tan detestable, y á V. E. por haber colmado de distinciones al señor Rubi que ha hecho un drama tan detestable de ISABEL LA CATÓLICA. Nos sentimos ya bastante desahogados; hemos vomitado ya una buena porcion del veneno que conteníamos. Vamos á ser de consiguiente muy poco cáusticos.

Tenemos tanta seguridad en la escelencia de las razones con que vamos á probar que el mal llamado drama ISABEL LA CATÓLICA no es acreedor á ninguna de las muestras de deferencia con que el Gobierno, la corte y el público, amen de algunos gacetilleros y folletinistas, se han esforzado en honrarle, que creemos poder prescindir impunemente del *subrisus audientium* tan recomendado por el padre de la elocuencia romana y que lo mismo que á los oradores puede aplicarse á los escritores. Es demasiado buena nuestra causa para que necesitemos atraernos partidarios por medio de evoluciones fraseológicas y alhagos estratégicos. No tendremos seguramente muy propicios á los santones del progreso despues de lo que de ellos hemos dicho, que es sin embargo muy poco á proporcion de lo que de ellos tenemos que decir en sucesivos folletos, pero en la cuestion de ISABEL LA CATÓLICA, aunque nos

falte el *subrisus* de los santones y el del gobierno y el de la corte y el del público y el de todos los gacettilleros y folletinistas habidos y por haber, estamos tan íntimamente persuadidos de tener razon contra todos, que lo estamos tambien de que leida esta carta todos se avergonzarán de haber llevado la contraria. Si; veremos á mas de doscientos de los que han aplaudido ISABEL LA CATÓLICA arrepentirse de haberla aplaudido, renegar sonrojados sus aplausos. V. E. tambien se arrepentirá, señor conde y vizconde, suponiendo que no se halle ya arrepentido, que todo pudiera ser.

Algunos, por tardia, tacharán de imtempestiva esta carta. A esos dígales V. E. de nuestra parte que á nosotros no nos anima contra el señor Rubí ningun motivo de enemistad personal; que el señor Rubí es un padre de familia, y que por lo mismo no hemos querido perjudicarle en sus intereses materiales; que antes de escribir contra su mal llamado drama hemos querido que escurriese todo su jugo, que explotase completamente la bondad del gobierno y la de palacio, y los aplausos y el bolsillo de un público autómatas y bobalicones, que mecanizado y sin autoridad propia, y acostumbrado á decir á todo amen, creyó que debia parecerle bueno un drama que de antemano se habia declarado bueno de real orden. Pero se nos ha dicho que el señor Rubí trata de regalarnos una segunda parte de ISABEL LA CATÓLICA, alentado sin duda por el buen éxito de la primera, y esto, señor conde y vizconde, ya pasa de castaño oscuro, esto ya es demasiado; que no su-

ceda con el señor Rubí lo que con el pobre ciego, que le digeron dos cuartos para que cantase y despues tuvieren que darle cuatro para obligarle á callar. Aunque estamos seguros de que la segunda parte no será peor que la primera, por la sencilla razon de que la primera no puede ser mejor que la segunda; nos consideraremos felices si conseguimos con esta carta sacar de la cabeza del señor Rubí una idea tan inhumana.

No la vanidad te infunda
la idea opuesta á tu fama
de adicionarnos tu drama
con una parte segunda.
Porque por tu bien, Tomás,
y el de tu nombre valiera
mucho, muchísimo mas
el suprimir la primera.

Si el señor Rubí se hubiese limitado á escribir una cosa pésima sin valerse de ninguna influencia oficial para obtener un éxito inmerecido, por aplaudido del público que hubiese sido el drama ISABEL LA CATÓLICA nos hubiéramos tal vez abstenido de censurarlo agriamente, como nos hemos abstenido de censurar otras muchas de sus producciones, que han contribuido á crearle la reputacion de gran poeta á que solo los que nada tienen de poeta pueden considerarle acreedor. Nosotros queremos que las obras se recomienden por sí mismas. ¿Por qué leyó el señor Rubí su drama á V. E. y á la corte antes de

someterlo al juicio del público? ¿Creyó acaso que el público no se lo aprobaría sin la recomendación oficiosa de la corte y del gobierno? Afortunadamente el privilegio de hacer juzgar sus dramas por el gobierno del estado debe ser exclusivo del señor Rubí; de otra suerte no quedaria tiempo á V. E. ni á sus ilustres colegas para seguir labrando la felicidad de la patria. Todo el dia lo pasarian los ministros oyendo comedias de otros..... ¿Qué tiempo les quedaria para representar las suyas?

Confesamos sin embargo que la junta de censura y el gobierno fallaron con acierto. El público con sus aplausos confirmó su fallo. ¿Qué otra cosa necesita la junta para tranquilizar su conciencia? ¿Ni qué otra cosa necesita el señor Rubí? ¿Qué puede importarle que nosotros digamos y probemos que su drama es malo, si el público lo ha aplaudido, despues de haberlo aprobado la junta y haber gustado al gobierno y á la familia real? Estamos seguros de que casi nos tiene compasion. Tengánosla en buena hora, y siga, como la generalidad de nuestros poetas, apartándose de todas las condiciones legítimas del arte para adquirir ó conservar esa popularidad trivial que no deja huella en el porvenir y pasa como un objeto de moda. Sabemos demasiado lo que vale semejante popularidad para que aspiremos á ella y tengamos envidia á los que la consiguen. No la queremos, tal vez porque nos la esplicamos de un modo muy distinto que los que se honran con ella. Para nosotros es indudable que en el teatro, como en la tribuna, la medianía se sostiene mejor que el

genio. Mirabeau en la tribuna fué siempre silvado; sus contemporáneos le negaron hasta la calidad de orador, y sin embargo era el primero de la Francia revolucionaria. Un discurso ó un drama en que todo es trivial cae más difícilmente que otro en que las vulgaridades aparecen interpoladas con sublimes arranques. La comedia de Breton ¿QUIÉN ES ELLA? está muy lejos de haber alcanzado el éxito feliz de ISABEL LA CATÓLICA, y sin embargo ¡qué diferencia entre una y otra producción! Lo más flojo de ¿QUIÉN ES ELLA? escede en mérito y bondad á lo menos malo del drama de Rubí; pero en ¿QUIÉN ES ELLA? lo que hay bueno contrasta singularmente con lo que hay excelente en la misma producción, y en ISABEL LA CATÓLICA lo peor apenas forma contraste con lo demás, porque lo demás también es muy malo. La desigualdad es lo que más se castiga en el teatro, y es mucho más fácil que el que dice generalmente grandes cosas diga de cuando en cuando alguna trivial, que el que dice generalmente cosas triviales diga de cuando en cuando alguna cosa grande. Mas veces se duerme Homero de las que el burro toca la flauta por casualidad. Y las cosas triviales que se aplauden en las medianías nunca dejan de reprobarse en el genio. ¿Pero al genio qué le importan los aplausos? El genio no quiere precisamente que sus producciones se aplaudan, sino que sus producciones sean realmente buenas, y esto solo él lo consigue; lo demás lo consigue cualquiera. Dumas y Scribe han sido silvados algunas veces; Rubí nunca. Pero las obras de Dumas y Scribe, que han sido silvadas,

admiran á los amantes del arte, á los hombres de verdadero talento, quienes llegan hasta á envidiarles los silvidos; en tanto que los hombres de talento no envidian los aplausos que se tributan á Rubí, y mientras el público se los prodiga, ellos se rien desdeñosamente.

Sabemos demasiado á que atribuir los aplausos, tan lisongeros para el señor Rubí, que ha merecido del público ISABEL LA CATÓLICA, pero no sabemos explicarnos el entusiasmo que ha producido en el gobierno la última obra literaria ó anti-literaria del señor Rubí. En vano nos devanamos los sesos para encontrar en ISABEL LA CATÓLICA un mérito especial que haga acreedor este drama á las distinciones oficiales con que se le ha honrado ¿De qué se ha enamorado el gobierno en ISABEL LA CATÓLICA? ¿Del plan acaso?

No hay duda que el plan de ISABEL LA CATÓLICA es ingenioso, y nos hace sudar la sola idea de lo que debe haber sudado el señor Rubí para establecerlo. Lo ha encontrado en la historia tal como nos lo dá en el drama, y ni siquiera se ha tomado la molestia de inventar algunos accidentes que sirviesen para ligar unos con otros los acontecimientos, como lo exigia la gradacion escénica, buscando algun resorte dramático que los hiciese converger todos en un punto de interes comun para dar al todo la debida unidad y homogeneidad. Los accidentes que ha inventado interceptan el curso del drama lejos de servir para la trabazon de sus partes, pudiendo aplicarse á ISABEL LA CATÓLICA lo que decimos en los POLÍTICOS

EN CAMISA del drama de otro autor tambien muy celebrado. «Estravagancia de malísimo género, en que
» se acumulan accidentes tontos, ridículos, inmotivados é indeterminados, que todos podrian ser
» reemplazados por otro cualquiera, porque al cabo
» no hay derivacion, dependencia ni analogia entre
» ellos, sino una mera sucesion de tiempo en todos
» los lances que se van ensartando como en un libro
» de caballeria. El romanticismo señala la brecha
» abierta involuntariamente por el genio en la valla
» levantada por Aristóteles. Y decimos involuntariamente, para que no se crea que el genio infringió
» las reglas por el mero punto de infringirlas. El
» verdadero romanticismo es la libertad y no la
» anarquía literaria; no es obra del genio que prescinde de todas las leyes, sino del genio que se crea
» otras nuevas, y así es que Buchardi y Dumas tienen tanto arte y están tan sometidos á leyes como
» el mismo Moliere, pero sometidos á arte y leyes diferentes. Despues que desaparecieron las leyes
» antiguas y antes que hubiese otras sancionadas por la práctica, quedó á cargo de los grandes dramatas trazar concienzudamente ciertos limites que
» en lo sucesivo habian de ser las bases; si así puede decirse, del nuevo código literario. Se trazaron un
» círculo mas ancho que el primero en que se revolvian; no se desprendieron del compas de los clásicos, sino que lo abrieron algo mas para trazar
» una circunferencia mayor; no faltará algun día quien abriendo aun mas el compas, deje esta circunferencia dentro de la nueva que él traze, y es

» muy posible que el romanticismo de hoy sea el
» clasicismo de mañana.

» El... conoció que podía saltarse la valla levan-
» tada por los preceptistas, pero no comprendió que
» si mas allá de esta valla no encontraba otra, su con-
» ciencia habia de trazársela. Siguiendo á los drama-
» tistas modernos, saltó la barrera en pos de ellos,
» como alguna vez la salta el toro acosando al tore-
» ro, pero no se detuvo en la contrabarrera, y hasta
» invadió los tendidos. Vió el grande efecto de los
» dramas de la nueva escuela, y lo atribuyó al des-
» precio absoluto de todas las reglas; confundió la
» libertad con la anarquía, el arte nuevo con la falta
» de arte, la amplificación del código con su destruc-
» cion. Comparándole con los grandes genios, puede
» decirse de él lo que ha dicho Victor Hugo de Camilo
» Desmoulins, refiriéndose á Mirabeau. Los grandes
» dramatisas modernos le fascinaron con sus ideas,
» y su cabeza no era bastante fuerte para llevarlas.

» No hay necesidad de decir que el drama del...
» está en verso casi en su totalidad. En España casi
» todos los que escriben para el teatro la han dado en
» esta gracia. Se hacen los dramas en verso porque
» no se sabe hacer prosa, y sobre todo porque no se
» saben hacer dramas. Se le dán al público conso-
» nantes en vez de conceptos, y en lugar de producir
» efectos por medio de una peripecia, por medio de
» una situacion verdaderamente dramática, se trata
» de producirlos por medio de una redondilla. La
» mayor parte de nuestras piezas teatrales mas aplau-
» didas son acreedoras á una silba, y todas la lleva-

» rian atroz si estuviesen en prosa. Nosotros, cuando
» vemos ó presenciamos una pieza teatral en verso,
» procuramos juzgarla como si estuviese escrita en
» prosa, y la que consideramos incapaz de sufrir sin
» deteriorarse mucho esta transformación, la calificamos
» de mala aunque la aplauda el público.»

Por lo mismo que, como mas adelante probáremos, el señor Rubí es un mal hablista y un pésimo versificador, tiene mas necesidad que otros de mucha intriga dramática, de mucha complicacion, de mucha invencion, para decirlo en una palabra, si quiere, no que sus dramas se aplaudan, lo que ha conseguido siempre, sino que sus dramas interesen, lo que no ha conseguido nunca. Dice Rousseau en el prólogo de su EMILIO: « *Es menester escribir como Cervantes para hacer leer seis tomos de visiones,* » y esto es un grande elogio, envuelto en una censura, al autor del *Quijote*. Nosotros, parodiando á Rousseau, diremos al señor Rubí: es menester versificar como Breton para hacer interesante una comedia sin plan alguno. Y al decir eso no queremos significar que todas las comedias de Breton carezcan de plan; algunas, por mas que se diga lo contrario, lo tienen muy ingenioso; y es lo cierto que hasta las que de plan carecen escitan el interés y lo mantienen siempre vivo, pudiendo asegurarse que por la sola versificacion serian admiradas, aunque hubiese menos verdad en los caracteres, menos gracia en el chiste, menos filosofía en el pensamiento, menos espontaneidad en las peripecias y otras varias dotes de que están exentas todas las producciones de Rubí. Un drama

sin plan que tiene malos versos es una ópera que no tiene música. En una ópera el plan es nada, la música lo es todo, y facilmente comprenderá el señor Rubí cuán magnífica ha de ser la versificación en un drama, si ha de equivaler á lo que la música en una ópera.

Algunos de los admiradores mas entusiastas del señor Rubí, no pudiendo dejar de convenir con nosotros en la pobreza de plan de *Isabel la Católica*, no aciertan á defender á su ídolo sino acriminando á la historia. Dicen que habiéndose Rubí ceñido estrictamente á la realidad de los hechos tales como han pasado, no es culpa suya si estos hechos no pueden combinarse, sin alterar el órden cronológico, de una manera que constituyan un plan dramático. Tan capciosos argumentos no merecen siquiera el honor de la impugnacion. Serían acaso de algun valor como el señor Rubí no hubiese tenido la libertad que tienen todos de escoger los asuntos de sus dramas, como al señor Rubí se le hubiese obligado á hacer un drama de *Isabel la Católica* condenándole con la pena de muerte, la de presidio ú otra cualquiera, si se permitía alterar la historia en lo mas mínimo; pero no habiéndose ejercido en él semejante acto de coaccion y despotismo, debió, si *Isabel la Católica* no le suministraba un plan dramático, no haber querido hacer un drama de *Isabel la Católica*. Pero por lo visto el señor Rubí no ha comprendido lo que en la época actual debe ser un drama histórico; ignora sin duda que un drama histórico es algo mas que una biografía dialogada. La historia es

no mas, que el clavo de que el artista cuelga su cuadro, y la verdad no se busca precisamente en los hechos, sino en los caracteres, precisamente donde el señor Rubi no ha sabido encontrarla, como esperamos poder probar mas adelante. En el teatro griego la historia era no mas que un pretesto de que el poeta se servia para verter sus máximas morales y las flores de su imaginacion. Era no mas que un lienzo que lo iba cubriendo con los colores de su paleta, una beldad desnuda que la iba ataviando delante de los espectadores. Una tragedia para ser buena necesitaba estar muy bien escrita, pero no necesitaba otra cosa. El argumento era conocido de antemano; bastaba para conocerlo conocer el título de la tragedia. El poeta de consiguiente no trataba de producir efectos por medio de peripecias sorprendentes y catástrofes imprevistas, sino por medio de elocuentes frases y profundas sentencias. Como no mantenía al público en una expectativa permanente estimulando su curiosidad, la tragedia antigua carece de interes, de este interes que obliga hoy á todos los espectadores á preguntarse á sí mismos: ¿En qué vendrá á parar tanto enredo? ¿No significa eso que el drama actual requiere enredo? Sí, lo requiere; el enredo, el plan lo es todo, y por lo mismo Racine cuando tenia concebido el plan de una tragedia, decia: «Yo la he concluido, ya no me faltan mas que los versos.» Y nótese que Racine versificaba con mucha dificultad y con mas dificultad aun coordinaba las escenas; nótese ademas que el público de Racine no exigia como el actual esas grandes compli-

caciones que constituyen hoy una accion dramática.

Mucho mas secundario aun que en la tragedia griega es el papel que representa la historia en el drama moderno, pues este difícilmente puede encontrar en aquella, tal como es en sí, las complicaciones infinitas que constituyen su interes. Semejantes complicaciones solo la imaginacion puede formarlas. El señor Rubí, haciendo entrar en mas de lo que debia el elemento histórico en su última composicion, y careciendo de la inspiracion poética y del talento profundamente pensador de los poetas de la antigüedad para producir grandes bellezas de detalle, ha conseguido acumular en ISABEL LA CATÓLICA todós los defectos del arte cuando se hallaba en mantillas, sin ninguna de las condiciones que el progreso de la literatura ha dejado en pié, ni ninguna de las que sucesivamente ha ido introduciendo. ISABEL LA CATÓLICA es una tragedia griega, menos la unidad de accion, menos la situacion presentada con arte, menos los caracteres hábilmente delineados y sostenidos; menos la pompa de los versos, menos la profundidad de las sentencias. ISABEL LA CATÓLICA es un drama moderno menos su combinacion. ISABEL LA CATÓLICA es nada. Dispensariamos un honor que no merece al articulista de la ESPERANZA que puso en parangon ISABEL LA CATÓLICA del señor Rubí con el NAPOLEON de Dumas, si nos entretuviéramos en probar la diferencia que hay entre uno y otro drama. Basta decir que esta diferencia es tan grande como la que hay de autor á autor.

Examinando la contextura del drama del señor

Rubí, hemos llegado á figurarnos que el aplaudido autor de ISABEL LA CATÓLICA se ha propuesto en su última produccion darnos una muestra del género que está hoy cultivando el mismo escritor con quien le compara el folletinista de la ESPERANZA. Dumas saca de la historia, adulterándola mas ó menos segun las exigencias del arte, las magnificas novelas con que se atrae la admiracion universal. De estas novelas saca en seguida dramas de dimensiones inmensas, y en esta última transformacion las leyes de la escena, mas severas aun que las de la novela, le obligan á sacrificar nuevamente la exactitud histórica al interes dramático. A pesar de permítirse escursiones fuera de la historia para buscar los resortes dramáticos que esta le niega; á pesar de que nada le importa que en estas sucesivas metamórfosis el elemento histórico se vaya debilitando como de disolucion en disolucion hasta quedar reducido á una dosis infinitesimal, él, que es un conocedor del arte tan profundo, él, que es uno de los pocos que poseen el grán secreto de mantener al público en un estado de ansiedad y expectativa permanente, no ha obtenido con su nuevo género el éxito feliz de sus anteriores producciones. El argumento de sus novelas es demasiado grande para el teatro; no cabe en la escena, y se conoce desde luego que ha nacido para desenvolverse en otro espacio. ¡Y Rubí, que con tan poca destreza prepara las peripecias, Rubí, que tiene tan poca facilidad é ingenio para el diálogo, cuyo mérito consiste principalmente en hacer hablar á las per-

sonas como corresponde á su posición y carácter, sin que jamás adivinen los espectadores lo que van á decir, á pesar de ser siempre lo mas propio y lo mas natural; Rubí, que no habiendo nunca explorado la metafísica del corazón, falsifica de tal modo los sentimientos, que nos hace reir con lo mismo que quiere hacernos llorar; Rubí, en una palabra, que carece de todas las grandes dotes que distinguen á Dumas, ha querido al parecer ensayar y tal vez presentarse como maestro en un género en el cual el mismo Dumas ha podido apenas sostenerse. Y cuando el autor del Monte-Cristo no ha podido sino con mucha dificultad, y con un éxito nada mas que mediano, hacer caber en el teatro una fábula que no tiene de histórico mas que lo suficiente para marcar la época en que la acción se desenvuelve, el señor Rubí embute en la escena sin orden y concierto nada menos que toda la grande historia de un gran reinado, y como si esto fuese poco aun, se permite adicionar esta historia con accidentes inconnexos que pueden desprenderse de ella sin ninguna solución de continuidad. Démosle alas á Rubí, y no tardaremos mucho en ver todo el Anquetil ó todo el Cantus puesto en escena.

Digámoslo de una vez: Rubí se está ensayando pésimamente en un pésimo género. En toda composición dramática, cuando el espectador ha contraído relaciones con los personajes escénicos, siente mucho que estas relaciones se rompan y mas aun que se le obligue á sustituirlas con otras nuevas. Tal vez no se debe á otra cosa el éxito poco feliz

que á pesar de su talento y de su genio obtiene Dumas en el género de que él puede llamarse fundador. El espectador desea desde el primer acto conocer á todos los personajes que han de tomar parte en la accion, y perderlos de vista á menudo, pero á menudo volverlos á encontrar, y en el nuevo género de Dumas desaparecen personajes para no reaparecer en el curso mismo del drama, y ya muy adelantada la intriga aparecen otros como llovidos, con que los espectadores no contaban. Pero al menos en los últimos dramas de Dumas todas estas apariciones y desapariciones son necesarias al desarrollo del plan, y no hay un solo personaje que sea superfluo. Todos al fin y al cabo habrán concurrido al resultado final en que se concentra el interes. No así en ISABEL LA CATÓLICA. Los personajes que desaparecen podrian muy bien no haber aparecido, con lo cual harian un gran favor al público, y los que aparecen tarde, deberian haber aparecido desde un principio. Colon y Gonzalo se hacen esperar demasiado; ellos y no ese Pimentel tan dormilon deberian aparecer desde un principio. ¿Qué tiene que ver Pimentel con el descubrimiento del Nuevo Mundo? ¿Ni qué puede importarles á los espectadores un pagecillo que cuando no duerme no hace mas que contar lo que ha soñado mientras dormia?

Quando, por la naturaleza del plan que tiene concebido, el poeta se ve obligado á establecer ciertos antecedentes que sin formar parte esencial de la accion sirven, si así puede decirse, para engendrarla; quando necesita dar al espectador un punto de

partida sin el cual estaria siempre desorientado, entonces hace preceder á la accion general una accion preliminar, á manera de prólogo, que la encierra en un solo acto. Algunos personajes del prólogo pueden muy bien desaparecer con este, pero han de haber servido siquiera de algo para la preparacion de la intriga, ya que no para su desarrollo. Sucede tambien algunas veces que el poeta, por la complicacion misma del argumento y la multiplicidad de resortes que ha creado para aumentar el interes de su drama, no acierta á concentrar la accion de manera que termine toda en una sola peripecia final. En este caso, como Victor Hugo en el *Hernani*, hace seguir al desenlace una especie de epilogo, en el cual solo figuran los personajes á quienes afecta la parte de intriga que no ha podido desenlazarse con el resto de ella. Para que este segundo desenlace interese al público, es necesario que la situacion que se trata de despejar haya sido esencialmente útil á la accion del drama y que pertenezca precisamente á alguno de los protagonistas. Nada conseguiria el señor Rubi con refundir en uno solo, bajo el titulo de prólogo, los tres primeros cuadros de su drama, porque de nada sirven para preparar la accion; no son generadores de ningun suceso posterior; son absolutamente independientes de todo lo que sigue. Nada conseguiria tampoco haciendo suceder á los últimos cuadros un epilogo ó formando un epilogo con ellos. Los vicios radicales de que su drama adolece no se subsanan con esos tópicos insignificantes; algo mas piden que una refundicion parcial y una

variacion de nombres. Para que el señor Rubí pudiese formar un prólogo digno de este título de los tres primeros cuadros de ISABEL LA CATÓLICA, sería menester que el page Pimentel tuviese una relacion tal con el descubrimiento del Nuevo Mundo, que sin el tal page la reina no hubiese accedido á las instancias de Colon, ó Colon no hubiese emprendido su viage, ú otra cosa por el estilo. Créanos el señor Rubí, los tres primeros cuadros de su drama sobran enteramente; pero si él, por un singular capricho, está enamorado de ellos y no quiere condenarlos á un ostracismo perpetuo, aprovécheles para un drama que se titule PIMENTEL, pero no para un drama que se titule ISABEL LA CATÓLICA. Lo mejor sería prescindir de ellos como si no los hubiese escrito; pero, ya se ve; las mutilaciones son tan dolorosas!; Es tan triste proscribir unos cuadros que empiezan en latin!

Las superfluidades suelen caracterizar todas las obras del señor Rubí. En los POLÍTICOS EN CAMISA, ocupándonos del mismo escritor, decimos: » A ningún género de literatura puede aplicarse con tanto » rigor como al dramático aquel principio: *quæ su- » perfluunt nocent*. En los dramas de Rubí los acci- » dentes que interceptan el curso del drama son nu- » merosos, son el estado normal del mismo drama, » siendo muchas veces difícil adivinar lo que se debe » tomar por principal y lo que por accesorio. BANDE- » RA NEGRA, por ejemplo, es una comedia embutida » en un sainete ó un sainete embutido en una come- » dia, cuyas escenas se interpolan sin guardar ila-

» cion ; hay dos acciones que nada tienen que ver
» entre sí , que marchan paralelas , que no se tocan
» jamás ; primero salen los amos , hablan un rato en
» serio y se van ; despues salen los criados , hablan
» un rato en tonto , y se van para que vuelvan á salir
» los amos ; estos salen en efecto , porque les toca el
» turno , y luego vuelve á tocar á los criados , y así
» alternativamente desde el principio al fin , siendo
» de advertir que los criados hacen siempre lo mis-
» mo ; salen , refunfuñan y se marchan á aguardar
» turno ; vuelven á salir , á refunfuñar y á marchar-
» se hasta que les llega la tanda otra vez , y todas
» las veces pasan el tiempo perfectamente , diciendo
» vaciedades que no son de las mas graciosas en
» versos que no son de los mejores. Rubí no ha sa-
» bido dar unidad á la variedad. Unidad en la va-
» riedad , hé aquí las obras de los grandes artistas,
» de los grandes genios ; hé aquí la armonía , que no
» se encuentra ni en lo monotono , ni en lo descon-
» certado. »

Un drama es de pasion ó de intriga , está forma-
do de sentimientos ó de sucesos , nace del corazon
ó de la cabeza. Los dramas de pasion pueden soste-
nerse casi sin plan ; solo exigen de parte del poeta
una sensibilidad muy esquisita y un conocimiento
minucioso y profundo de todas las exageraciones
de los instintos humanos. Se necesita haber anali-
zado todos los afectos del alma para componer un
buen drama de sentimiento. Rubí en **BORRASCAS DEL
CORAZON** prueba bien que no ha nacido para compo-
ner dramas de esta naturaleza , como nos atrevería-

mos á probarle si no temiésemos separarnos demasiado de nuestro objeto. Un drama de pasion no necesita plan por la misma razon que una novela de pasion no lo necesita tampoco. Asi se concibe como una novela puede cautivar la atencion aunque esté en estilo epistolar ; pero para obtener este resultado se requiere una sensibilidad tan delicada como la de Rousseau.

Un drama formado de sucesos tiene necesidad de plan , de combinacion , de enredo , y sin embargo el señor Rubí se ha propuesto hacer de ISABEL LA CATÓLICA , que ya hemos probado que carece de plan ; un drama de sucesos. Y no solo carece de plan ISABEL LA CATÓLICA ; carece también de accion. Pudiéramos decir de esta produccion del señor Rubí lo que decimos en nuestro apéndice á los POLITICOS EN CAMISA de otra produccion de un autor muy encofetado: « Es un drama de plomo , sin movimiento , » sin accion , sin peripecias , un drama en que las » figuras no se mueven ; parece obra de escultor. » Toda accion supone el desarrollo de una fuerza ; toda fuerza que se desenvuelve supone una resistencia que la obliga á desenvolverse , es decir una fuerza contraria ; toda accion encierra pues la idea de dos fuerzas que luchan , el antagonismo de dos fuerzas. Y en efecto , de este antagonismo nace el interes esencial de un drama , interes que es tanto mayor cuanto mas dudoso es el éxito del combate , cuanto mas rápidamente pasan los espectadores de una alternativa de temor á otra de esperanza. Hay otro interes secundario que depende de los caracteres,

y el señor Rubí no ha acertado á inspirar ninguno de esos dos intereses, á pesar de que no se necesita ser un Scribe ni un Buchardi para inspirar los dos con la época y los personajes á que su drama se refiere. Desde que aparece Colon se vé claramente que Isabel accederá á su demanda, pues es tan trivial la resistencia que á ella opone, que bastan para vencerla cuatro piropos que echa al argonauta Gonzalo de Córdoba y unas cuantas lecciones de geografía estraña que dá Colon á la reina, la cual queda completamente convencida, si bien, segun confesion de ella misma, no ha entendido una sola palabra de lo que ha dicho el genoves, lo que no es admirable, pues la geografía del Colon de Rubí no la entenderia el mismo Arago. A pesar de todo Isabel se convence; parodia perfectamente al D. Gerónimo del MÉDICO Á PALOS de Moliere. Verdad es que si á la reina se le alcanza muy poco de geografía, en materias craneológicas podria dar quince y falta al mismo Gall, pues, infinitamente mas perpicaz que el frenólogo Cubí, sin necesidad de tantear la cabeza de Colon, le basta ver su frente para notar en ella los destellos del genio y creer en la existencia de un Nuevo Mundo.

Repetimos que la historia suministraba al señor Rubí ese antagonismo que él no ha sabido encontrar. El pensamiento de Colon y los obstáculos que se opusieron á la realizacion de este pensamiento, hé aqui una accion dramática completa. ¿ Por qué en lugar de los primeros cuadros, en que hace dormir á Pimentel y con él á los espectadores, no se

le ocurrió presentarnos en un prólogo al célebre marino, mendigando en vano de corte en corte los recursos que necesitaba para la ejecución de su proyecto? ¿Por qué en la misma corte de España no hace nacer grandes influencias y poderosas intrigas contra el pensamiento del genoves?

Al menos ya que el señor Rubí tuvo la infeliz ocurrencia de introducir en la escena á Pimentel, hubiese servido de algo la aparición del pagecillo para pintar el angustioso estado del erario, con lo que hubiese realzado mucho el sacrificio que hizo la reina de sus joyas para la famosa expedición. De todos modos el acto de desprenderse la reina de sus joyas está muy lejos de ser tan meritorio como algunos suponen, y se necesita ser muy servilmente realista para dar el colorido de una estrepitosa hazaña á una especulación mercantil. ¿Isabel creía ó no en la posibilidad de llevarse á cabo el proyecto de Colón? Si no creía este proyecto realizable, debió haberlo rechazado como se rechazó en Portugal y en Inglaterra, sobre todo cuando no eran solo sus joyas lo que sacrificaba, sino también las vidas de los que debían acompañar al genoves en su arriesgada empresa. Si creía realizable el proyecto, ¿qué sacrificio hizo desprendiéndose de sus joyas para protegerlo? ¿Quién no hubiera hecho otro tanto? ¿Qué Rotschild ha empleado mejor su dinero?

Verdad es que Colón en el curso del drama refiere el mal éxito de sus gestiones en Inglaterra y Portugal; pero el señor Rubí no puede ignorar que los espectadores no van al teatro á examinar lo que

ha pasado sino á impresionarse con lo que está pasando, y en lugar de narraciones exigen sentimientos ó sucesos que se desenvuelvan ante sus ojos.

No interesan mas en ISABEL LA CATÓLICA los caracteres que el plan. Los caracteres son falsos y con frecuencia ridiculos. Dificilmente se hace del drama del señor Rubí una parodia tan ridícula como el mismo drama. Gonzalo de Córdoba es un soldado fanfarron; Pimentel un niño mal criado; Colon un loco; Fernando un tonto; Isabel la Católica una muger tan singular, que en materias científicas da menos importancia al dictámen de los sabios que al de un soldado. Parecerá raro que nosotros, que no hacemos alarde de monárquicos, tengamos que rehabilitar la memoria de dos reyes que se citan como modelos, injustamente amancillada por quien de monárquico blasona. Por embozados que presente el señor Rubí los amores de Isabel y Gonzalo, no podemos comprender como no se han indignado contra tamaña invencion los *amantes del trono y del altar*. Gonzalo de Córdoba es en la historia el tipo de los caballeros, y la reina Isabel un ejemplo el mas bello de castidad y de fé conyugal. Su pudor era tan estremado, que en los últimos momentos de su vida costó no poco vencer las repugnancias que tenia á recibir la Estrema Uncion, sintiendo esponer el pié desnudo á las miradas de los circunstantes. Y ¿qué diremos de Fernando de Aragon? El Fernando de la historia es un sabio; es tan rey por la gracia de Dios como Isabel, y sin embargo del modo que nos lo pinta el señor Rubí, desempeñando un papel

tan secundario , tan indiferente , tan bobo , no parece un rey coronado, sino un rey titular, un rey por la gracia de su esposa , lo que se llama hoy un rey consorte.

El carácter español no sale mejor librado de la pluma del señor Rubí que el de los protagonistas de su drama. Los soldados castellanos son una turba de merodeadores, cobardes, insolentes, que abusan de su fuerza numérica para estafar á los judíos é insultar á Colon. Hasta cierto punto Colon les da motivos para burlarse de él, si en realidad, como dice el señor Rubí, se fué cerca de los soldados á recitar sus interminables monólogos. Nosotros tambien le hubiéramos tomado por un loco, aun prescindiendo de lo extraordinario de sus proyectos.

Si despues de habernos ocupado del drama del señor Rubí, fuésemos á examinar particularmente cada uno de los cuadros que lo componen sin referirnos á su trabazon y dependencias recíprocas, seguiríamos molestando mucho rato, señor conde y vizconde, la atencion de V. E. Hariamos ver lo que tiene de estravagante hacer de la *augusta* falda de una reina una almohada para un pagecillo; dejar á oscuras los corredores de un palacio nada mas que para ejercitar el valor de un rapazuelo; presentarnos á una reina sufriendo mansamente las reconveniones de una muger de su servidumbre; trasladar á Gonzalo de Córdoba en un abrir y cerrar de ojos de Granada á Barcelona, so pretesto de salvar la vida del rey que se halla amenazada, y otra infinidad de lindezas que nos confirman en la idea de que el dra-

ma ISABEL LA CATÓLICA no puede parodiarse, porque él en sí es una parodia. No, señor conde y vizconde, no es posible que todo un gobierno se haya prendado de un drama que carece de invencion y accion, quedando por lo mismo exento de todo interes, y que falsifica todos los caracteres. Sin duda alguna lo que ha premiado V. E. en ISABEL LA CATÓLICA, con las distinciones con que ha favorecido á su autor es el pensamiento moral. Desgraciadamente esté pensamiento moral es tambien inaccesible á nuestra pobre inteligencia.

Nosotros no vemos en el drama del señor Rubí mas que un pensamiento, el pensamiento de un hombre que ha escrito un drama para leerlo en palacio. Pero ya sea que el señor Rubí tenga contraidos aun pocos hábitos palaciegos, ya sea que su talento no haya correspondido á su intencion, lo cierto es que no ha acertado á ser monárquico sino calumniando á los mismos monarcas á quienes queria ensalzar. Por lo demas no faltan en su drama espresiones serviles y frases anti-populares que en ciertos conventiculos deben haber gustado mucho.

Pero, señor conde, y vizconde si la bondad del drama ISABEL LA CATÓLICA no está en el plan, ni en las situaciones, ni en la accion, ni en los caracteres, ni en la gradacion, ni en el interes, ni en el pensamiento moral, pues ya hemos demostrado que la obra es una *inocentada* bajo todos estos aspectos, y V. E. lo comprenderá perfectamente por poco que comprenda las exigencias de una composicion dramática; si está probado que el último drama del

señor Rubí espálido, pueril é incoherente en su conjunto, y hasta los mas ciegos admiradores del autor convienen con nosotros en esta parte ¿qué es lo que V. E. ha encontrado en ese drama que sea digno de los elogios, premios y distinciones que se le han prodigado, dando importancia á uno de los frutos mas insustanciales que ha producido nuestro campo literario?

Por difícil debiamos abandonar la resolucion de este problema; pero no lo haremos sin apurar antes todos los métodos que la ciencia suministra para conseguir el despejo de la incógnita. Calculemos.

No siendo el conjunto del drama lo que le ha hecho á V. E. perder los estribos, será la versificación; si no es la versificación, será el lenguaje; si no es el lenguaje, será siquiera la riqueza ó elegancia rítmica; no siendo alguna de estas cosas, habrá V. E. fijado su ilustradísima consideracion en la profundidad con que el señor Rubí maneja los resortes de la ciencia. Preciso es que en *Isabel la Católica* concurren alguna ó algunas de las méencionadas circunstancias en un alto grado de bondad ó de belleza para encubrir ó, cuando menos, para disimular algo la deformidad artistica del cuadro, como es preciso que una muger cante ó baile bien, tenga buen genio y sea honrada y aplicada á la labor para hacernos olvidar por un momento su cara, si es fea, ó su cuerpo si es jorobada.

Pero, señor conde, no porque V. E. no haga versos hemos de suponer que carece de criterio para juzgarlos. Nadie ha dicho que sea necesario cortar y

coser como Utrilla para conocer si un chaleco está bien ó mal hecho, y aunquenosotros, por no haber tenido aun la fortuna de llegar á la cumbre del poder como V. E., no sepamos espedir reales órdenes, es bien seguro que nadie nos negará el derecho de criticarlas. ¿Pues qué? ¿por qué el señor conde de San Luis solo se haya dedicado á la prosa, dejará de conocer que los versos de Quintana son buenos? ¿Y conociendo que son buenos los versos de Quintana, se le podrá ocultar que los de *Isabel la Católica* son malos? Esto es mas claro que la claridad y mas evidente que la evidencia: lo decimos y lo sostendremos hasta el dia del juicio por la tarde ó por lo menos hasta que el gobierno, que parece estar en desacuerdo con nosotros sobre este punto, se sirva dar un decreto mandando que se tenga por buena la versificacion del señor Rubí en general, y la de *Isabel la Católica* en particular.

Sabemos muy bien, señor conde, que las comparaciones son siempre odiosas y quisiéramos prescindir de ellas; pero necesitamos apelar á todos los recursos de que pueden echar mano la crítica y la lógica para hacer prevalecer la verdad, máxime cuando por desgracia hablamos con hombres cuya organizacion no parece ser muy á propósito para apreciar las armonías que desde Homero hasta hoy han producido los que hablaron ó quisieron hablar la lengua de los Dioses. Decimos, pues, que cualquiera que se halle en estado de estimar como buenos los versos de Quintana, comprenderá sin necesidad de demostraciones matemáticas que son bastante flojos los de

Isabel la Católica; porque se necesitaria ser sordo no solo de los oidos sino de la frente para confundir una cosa con otra y para no conocer la inmensa distancia que las separa, como que casi puede decirse que son los polos ártico y antártico del orbe poético. Asi es que para los que aplauden la versificación de *Isabel la Católica* deben ser detestables los versos del *Pelayo*, y nosotros quisiéramos que fuera así, porque ¿què derecho tienen para alabar los versos del *Pelayo* los que elogian la versificación de *Isabel la Católica*?

Y no nos referimos á Quintana, es decir á uno de los poetas que mas lustre han dado al Parnaso español, como el único á quien podemos citar para hacer ver lo rezagado que se ha quedado el señor Rubí en los versos de su última produccion. En el teatro Español se han representado durante el presente año cómico varias obras originales de las cuales ninguna ha obtenido un éxito tan afortunado como *Isabel la Católica*, pero todas, sin escepcion alguna, la aventajan en la versificación, cosa qué á nadie que de entendido se precie debe sorprender, porque es bien sabido que en este siglo en que tanto abundan los poetas de todos calibres, solo el señor Rubí parece haberse reservado el monopolio de los malos versos. Este, que podemos llamar, privilegio del señor Rubí, no carece de mérito bien mirado. En el dia eso de hacer buenos versos es una cosa tan fácil y corriente que mas que una dote afortunada parece un castigo del cielo. Dígase á nuestros poetas contemporáneos que hagan versos malos y equival-

drá á imponerles la obligacion de no hacer versos. Por eso decimos, señor conde y vizconde, que no carece de mérito el autor de *Isabel la Católica* en esta parte, aunque pudiera darse otra esplicacion acerca de la constancia con que nuestros poetas producen versos buenos, y es que habiendo escrito tanto el señor Rubí, ha debido apurar ya todas las combinaciones de versos malos que ofrecia la lengua castellana, razon por la cual donde quiera que otro autor nos presenta un mal verso vemos nosotros un plagio.

Es verdad que no falta quien lisongee el amor propio del autor de *Isabel la Católica* porque la independencia, la franqueza y el entendimiento no son las joyas morales en que mas pródigo se ha mostrado el autor de todas las cosas, ó porque entre los ilustrados amigos del señor Rubí no hay uno que sepa conciliar aquellas palabras de justicia y galanteria á la vez con que Boileau dicen que dijo á Luis XIV: «Señor: veo que á V. M. nada se resiste; V. M. se ha empeñado en hacer malos versos y lo ha conseguido.» Pero puesto que el señor Rubí, al paso que ha tenido la fortuna de encontrar empresas que acepten sus producciones como buenas, actores inteligentes que las hayan representado agotando para salvarlas todos los recursos de sus talentos, y amigos que las elogien, no ha logrado la suerte de hallar quien le diga la verdad por entero, nosotros nos imponemos gustosos la tarea de ayudarle en esta necesidad que ha llegado á ser apremiante. Hemos leído *Isabel la Católica* y hemos dicho: ¿qué se ha propuesto el señor Rubí en su última produccion? ¿ha-

cer buenos versos? No ha tenido la dicha de conseguirlo. ¿Ha querido hacer malos versos? En este caso ha sobrepujado á Luis XIV, aunque francamente, nosotros no vemos qué necesidad tenia el autor, á quien V. E. ha colmado de distinciones, de esforzarse en probar que sabe hacer malos versos. Trabajo superfluo, esfuerzo inutil, porque en esta parte la reputacion del señor Rubí está muy bien sentada. Bajo este coucepto *Isabel la Católica* no nos ha enseñado nada nuevo, y hemos leído sin asombro estas lindezas de que está plagado el drama.

.
Beatriz nos contará alguna conseja

.
Encerrada estará en las atalayas

.
Sus tropas llegan ya á Fuenterrubia

.
¿Dónde tu esposo está;
—En las galerías.

.
Y el morrion sin plumage }
. } Octosílabos
¿Qué se sabe Daniel

.
con los mios iré y mis penas graves.

.
Escrito estaba... Alá así lo ha querido
.
Del grande Océano la estension corria

Seguí mi rumbo por el grande Océano

A vuestra alta prevision; á tan profundo.....

Este último como puede comprender cualquiera, no es verso bueno ni malo, y nos parece mentira que el señor Rubí le haya dado pasaporte para atravesar las fronteras de la imprenta. Sin embargo, por mas que nos parezca mentira, el señor Rubí cree que es verso y le ha dejado correr, puesto que no corrije la falta en la segunda edicion de su drama ni en la fé de erratas de la primera edicion. No insistiremos en el trabajo de citar malos versos, porque emplearíamos demasiado lugar y tiempo. Lo que hemos citado hasta ahora solo tiene por objeto probar que siempre que el señor Rubí se empeña en hacer malos versos se sale con la suya. Tan acostumbrados estamos á esta idea que no queremos detenernos á entresacar de *Isabel la Católica* muchísimos versos de los que como

« Las maravillas de aquel arte canto »

hacen perder la paciencia y tomar las de Villadiego á cualquiera que, como García de la Huerta, tenga el ímpano rebelde á los sonidos desentonados: lo que nos desagrada en *Isabel la Católica* no es la mala construccion de algunos versos, porque ese es defecto de que adolecen muchos poetas aunque no con tanta frecuencia y prodigalidad como el señor Rubí:

criticamos la versificación de *Isabel 'la Católica* y criticamos en general la versificación de todas las obras del señor Rubí por el constante prosaismo que la caracteriza, por el chaparrón de ripios que la inunda, por sus faltas, en fin, de propiedad y de buen gusto. Para convencer á cualquiera de que, en efecto, la versificación de *Isabel* es prosáica, basta abrir el drama por cualquiera parte y copiar escenas enteras. Véase sino como se esplica Gonzalo de Córdoba cuando la reina le dice que no se quite la visera si se lo impide algun voto.

Gonz. Un voto me lo impedía
antes del premio ganar;
pero habiéndolo alcanzado
nada hay que lo impida ya.

Véase como el mismo Gonzalo contesta á su prima Beatriz cuando esta le dice que se ande con tiento, porque en la corte se repara en todo :

Al que mal de mi pensáre
y dé en repararme audaz
pondré del reves la faz
para que mas no repare.

Véase como el susodicho Gonzalo manifiesta que todos los hombres que hay en Segovia deben salir á campaña

Hierro al hierro.... pareceres
son estos los mas seguros,
y quédense aquí los muros
para guardar las mugeres.

Y aqui haremos una ligera pausa para preguntar al anfibológico autor qué es lo que ha querido decir; porque nosotros no sabemos si se habian de quedar allí los muros para guardar las mugeres ó las mugeres para guardar los muros.

Véase como el mencionado Gonzalo responde al cardenal que tuvo la humorada de llamar pages á los soldados cordobeses

¿Pages, señor cardenal
á mis águilas llamais?
Por Dios que los insultais
ò los habeis visto mal.

Y debemos tambien detenernos un poco en este punto, aunque no sea mas que para hacernos esta reflexion: ¿Cómo el mismo señor Rubí no siente lastimado su nervio acústico con la monotonía de esa sempiterna asonancia? y sobre todo ¿cómo ignora el señor Rubí una regla de buen gusto que cualquiera que se dedica á rimar palabras aprende, y que ya que no la haya aprendido debería haberla adivinado?

Véase como Colon satisface á esta pregunta que le hace

GONZ. Si ese dia será el que
vuestra esperanza corone.

Y mas adelante.

COLON. ; Gonzalo!

GONZ. Dejádme hacer.
Yo juntaré á mis parientes
y darán, *que son pudientes*,
cuanto fuere menester.

Dígasenos á vista de todo lo que llevamos copiado si en la versificación de *Isabel la Católica* puede ser mas constante y estrecho el consorcio del prosaismo y la impropiedad. Pero aun pudiera decirse nos que despues de haber rebuscado versos aislados vamos rebuscando trozos de diálogo en que la incorreccion nos permita hincar el diente; dando á entender con esto que no podemos encontrar lunares sin recorrer á salto de pulga todas las partes del cuerpo. Para dar un tapabocas á los que tal dicen trasladaremos aqui un trozo de versificación mas largo que los que hemos copiado, tomado de cualquier escena, porque eso nos es indiferente, y haremos ver que lo que ellos llaman lunares no son lunares, sino una mancha que cubre las cuatro quintas partes de la superficie. Nosotros tenemos que leer y releer mucho en los versos del señor Rubí para hallar algo que no sea digno de censura, ya que no merezca alabanza, y los que hagan lo contrario trabajarán tan inútilmente como los que se empeñen en mos-

trar el color dominante de un pañuelo cuyas cenefas formando un laberinto de colorines reduzcan á su última espresion las dimensiones del fondo. Vamos á cumplir la promesa, y para ello elejiremos la escena tercera del cuarto cuadro; eleccion que para nadie debe ser sospechosa, porque las personas que hablan en ella son nada menos que la reina y Gonzalo; y vamos á hacernos cargo de los versos con que el señor Rubí por boca de *Isabel la Católica* ensalza las bellezas del campo de Granada, lo que tampoco debe ser sospechoso, en cuanto á lo primero por ser una descripcion que no hace falta á la marcha de la accion, y por lo mismo revela pretensiones de poesia lirica, en cuanto á lo segundo porque cuando el señor Rubí ha hecho la pintura de Granada, se supone que ha debido apurar los mejores colores de su paleta y en cuanto á lo tercero por la ocasion y sobre todo por el personage á quien hace intérprete de sus inspiraciones. La escena es como sigue:

REINA. GONZALO.

GONZ. Señora, que os guarde el cielo.
REINA. Adios capitán bizarro.
GONZ. ¿Qué mirais con tanto anhelo?
REINA. Ese tapizado suelo
de las orillas del Darro.

Pasemos por alto el primer verso á pesar de su trivialidad; pero permitasenos decir al señor Rubí

que la contestacion de *Isabel* mas es contestacion de una manola que de una reina. Cualquiera que se hubiera propuesto presentar á *Isabel la Católica* como una muger terne, es decir de rompe y rasga, en fin, una reina bacanal, la habria caracterizado dignamente en la francota y jacaresca respuesta de «Adios capitán bizarro» que equivale á decir «Abur mozo cruo»—¿*Qué mirais con tanto anhelo?* continúa el capitán bizarro.

Pregunta singular, decimos nosotros, porque bien singular es que Gonzalo pregunte á la reina qué es lo que mira en el momento en que le está mirando á él. Lo que en este caso deberia preguntar Gonzalo ¿qué *mirabais?* y aun así tendríamos nosotros razon para replicar al señor Rubí: ¿Y qué derecho tenia Gonzalo para preguntar á la reina lo que miraba ó dejaba de mirar? Porque no lo dude el señor Rubí, la pregunta de Gonzalo es impropia en todos sentidos: impropia por supérflua, pues mirase la reina lo que mirase, maldito lo que le importaba á Gonzalo; impropia además por desatenta, porque aunque nosotros no hemos estudiado la etiqueta cortesana, comprendemos lo inverosímil de esa llaneza con que un súbdito interpela á su reina. Así es que por mucho que nos sorprenda la pregunta, nos sorprende mas la respuesta, pues mas que cargada de razon estaba *Isabel la Católica*, siguiendo el tono del diálogo con que habia empezado la escena, para responder ¿*Qué miro con tanto anhelo? Lo que me dá la real gana.*

Prosigue la reina.

¡Prados de perpetuo abril !....
¡Qué mágica variedad !
allá.... la palma gentil
juega en dulce vaguedad
con el ambiente sutil.

Y ciertamente los prados podrian ofrecer una variedad soberanamente mágica ; pero es mas mágica la vulgaridad de la quintilla que acabamos de copiar: parece una quintilla de piés forzados en que dadas las palabras *abril, variedad, gentil, vaguedad* y *sutil* se ha encargado el señor Rubí de intercalar prosáicamente algunas sílabas para construir versos respecto de la medida y á salga lo que saliere en lo concerniente á la idea. Solo asi puede esplicarse que el señor Rubí haga jugar á la palma con el ambiente y no al ambiente con la palma, en el caso de que este y aquella pudiesen entretenerse jugando, pues debe saber el señor Rubí que el ambiente es un aire demasiado suave para jugar con la palma de modo que pudiera la reina observarlo desde su ventana; y eso siendo ambiente sin la cualidad de sutil que le aplica el escritor, porque entonces la potencia del ambiente seria negativa, y la ciencia no ha descubierto aun instrumentos capaces de hacer perceptibles los juegos de dos cuerpos tales que al uno le falta la fuerza y al otro la movilidad. Por lo que hace al adjetivo *dulce* aplicado á la vaguedad, confesamos nuestra torpeza y decimos ingenuamente que si no es un ripio puesto á propósito no comprendemos su objeto.

Pero veamos como continua su descripcion de los campos de Granada.

En trenzas mil desatados
arroyos aqui parleros:
cipreses allá; y granados
y bosques de perfumados
naranjos y limoneros.

La primera idea que se nos ocurre al leer esta quintilla es la de gritar con toda la fuerza de nuestros pulmones ; A cuatro cuartos, naranjas y limones..... baratos !!! Despues se nos ocurre que hay poca lógica en las metáforas, lo que prueba que el señor Rubí no es poeta y que se esfuerza inútilmente por parecerlo, pues no alcanzamos á comprender qué relacion tiene la cualidad de parleros que se atribuye á los arroyos con las trenzas en que se desatan. Vemos tambien la violencia del consonante en llamar parleros á los arroyos, porque si los poetas les han llamado murmuradores, no es en el sentido de que murmuren como las personas, hablando mal del prójimo, sino en el de hacer rumor, esto es, « ruido blando, suave, de poco sonido.» Se nos ocurre tambien advertir al señor Rubí que hay falta de verdad en llamar perfumados á los naranjos y limoneros, porque siendo ellos los que dan el perfume, mas bien que perfumados son perfumadores. Y se nos ocurre, por fin, que la quintilla es eminentemente prosáica, sin que le sirva de disculpa decir que se ha tratado de escribir con llaneza y

lisura, porque nada tienen que ver lo liso y llano con lo pueril y tosco.

Y continua la reina :

Dó quiera la vista gira
á lo lejos, contrastada
halla la tierra que mira.....
el fuego de sierra Elvira
lo apaga sierra Nevada.

¿ Con qué la vista gira á lo lejos? Aviso á los que tanto se calabacean en averiguar las propiedades del órgano de la vision. ¿ Con qué la vista girando á lo lejos halla contrastada la tierra? ¡ Buen ver es! Nosotros comprendemos que la tierra ofrezca contrastes por sus montes y llanuras, eminencias y precipicios; pero no por eso creemos que se pueda decir que la tierra está contrastada. Esto y lo de girar la vista á lo lejos son cosas incomprensibles para los que pensamos que el vuelo de la imaginacion tiene sus límites dentro de la órbita del buen sentido, y que no confundimos por lo tanto las licencias poéticas con el libertinage fantástico. Apostaríamos algo bueno á que los tres versos en que el señor Rubí ha ingerido dos impropiedades no tienen mas objeto que lucir el desventurado retruécano de *sierra Elvira y sierra Nevada*, donde debemos notar tambien que el escritor no ha sabido explicar su pensamiento, pues la primera idea que viene á las mientes del que no ha visto á sierra Elvira es la de que en

esta sierra hay volcanes y que sierra Nevada los apaga.

Como si lo dicho no bastara, continua la reina Isabel:

Sobre esta, nubes de oscuro
amarillento color :
sobre aquella, el grato albor
de ese cielo encantador
como ningun cielo puro.

Tres consonantes seguidos capaces de atronar las orejas al mismo Vulcano que las tiene á prueba de martilleos.

Y vuelve la reina á la carga:

Oh ! Comprendo la obstinada
defensa ruda , mortal
de los moros ; que es Granada
una ciudad estremada ,
un paraiso oriental.

Toda la vida desde Priamo hasta Cabrera y desde el sitio de Troya al de Morella, la calificación de *mortal* se ha dado al acto del ataque y no al valor de la defensa. Se dice, por ejemplo, que Aquiles daba golpes mortales á Hector, pero no se dice que Hector se defendía mortalmente, porque hacer una defensa mortal es hacer una defensa débil, miserable: por eso los historiadores, hablando con propiedad, dicen la inmortal defensa de Numancia, la defensa

inmortal de Zaragoza, y no la mortal defensa de los Zaragozanos y de los Numantinos.

No satisfecho el señor Rubi con calificar de mortal la inmortal defensa de los moros, llama á Granada ciudad estremada, y nosotros preguntamos en qué es estremada. ¿En el lujo? en la belleza? en el vicio? Porque el epíteto de estremada aplicado de un modo tan vago no quiere decir nada en nuestro concepto.

Has visto nada mas bello?

Asi concluye la reina, y contesta Gonzalo :

Para moros..... *en rigor*,
cierto que es encantador ;
mas para vos, *todo ello*
aun pudiera ser mejor.

Reflexion originalísima, por cierto, la del *capitan bizarro*: para los moros todo es bueno, que es como quien dice: para quien es mi padre basta mi madre. No diremos nada de ripios, aunque hay un *rigor* que merecia la pena de ser tratado con todo *rigor*; pero concédasenos el justo desahogo de decir que la quintilla que acabamos de copiar es la quintilla por excelencia prosáica del drama prosáico por excelencia. ¡Qué versos señor conde y vizconde! ¡Qué versos !!! Qué falta de energía, de gala de diccion y de buen gusto !!! Procure V. E. que no lea el señor Cañete esa quintilla porque estando, segun dicen, moralmente imposibilitado para hablar sobre el par-

ticular por consideraciones que nosotros respetamos, puede costarle una enfermedad la dura precision en que se ve de guardar silencio. Y sino haga V. E. la prueba y pregunte al señor Cañete si encuentra algo malo en la susodicha quintilla: verá V. E. como el señor Cañete dice que *todo ello* es detestable. No pida V. E. pormenores; no quiera saber donde está lo peor entre lo malo, porque el señor Cañete no tendrá paciencia para analizar y dirá que *todo ello* es malo, que no hay ningun verso mas prosáico que otro, que la quintilla no está contrastada como la tierra de la ciudad arábica, que en ninguna parte especialmente resalta lo flojo, porque lo prosáico, lo pueril y lo flojo es *todo ello*. Esto dirá el señor Cañete atravesando como sobre ascuas por *todo ello*; pero nosotros, que no tenemos el genio tan vivo, decimos y demostramos que *todo ello* es malo, muy malo; pero la maldad de que adolece *todo ello* consiste en ser malas, muy malas las partes que constituyen el todo. Por eso hemos hecho las indicaciones que ha visto V. E. y por eso al ver el último verso del capitan bizarro

« aun *podiera* ser mejor »

añadimos que esto mas que una galantería es una pe-rogrullada con ribetes de broma; porque en efecto, por muy bello que fuera á los ojos de Isabel la Católica el contraste de los naranjos y limoneros, aun *podiera* ó *podria* ser mucho mejor. Y no solo *podria* ser mejor *todo ello* para la reina Católica sino para cualquiera

otra persona de mas humilde esfera. Es claro : V. E. habrá visto muchas cosas malas que podrian ser buenas, y muchísimas cosas buenas que podrian ser mejores; porque el último término de la perfectibilidad se pierde en el infinito como el de toda progresion creciente; así es que si nosotros poseyéramos la joya mas preciosa de todas las joyas preciosas conocidas hasta hoy, diríamos que la alhaja era muy buena para nosotros y para cualquiera, pero convendríamos en que pudiera ser mejor para cualquiera y para nosotros. Resulta de todo esto que á la palabra *pudiera*, empleada á guisa de *pulla*, hubiera sustituido la de *debiera* cualquier escritor mas iniciado que el señor Rubí en los secretos de la lengua. Esta sustitucion no impediria, sin embargo, que la forma de la quintilla destilase languidez y pobreza por todos sus poros.

Pero ahora observamos que nuestra crítica ocuparia muchos volúmenes, si siguiésemos analizando una escena que debe ser de las predilectas del autor por las razones indicadas y por otras que tenemos y callamos. Hemos dicho lo suficiente para lo que nos proponíamos demostrar y diremos algo mas, si fuere necesario, con permiso de la corte y del gobierno que han prodigado las mas lisongeras calificaciones á la versificacion de ISABELLA CATÓLICA, lo que prueba que para ocupar las sillas ministeriales no es absolutamente preciso tener criterio literario, ó que los ministros y la corte no han dicho lo que sentian, que todo pudiera ser.

Nosotros abrigamos la presuncion de tener el criterio que no nos atrevemos á negar á los minis-

tros, y de seguro tenemos toda la independencia y franqueza necesarias para decir lo que sentimos: por eso escribimos así, por eso sostendremos nuestra opinion hablando ó escribiendo, mientras que el gobierno no nos cierre el palenque de la discusion, mandando que tengamos por buenos los versos malos y castigando á los contraventores para escarmiento de los amigos de la verdad y otras gentes de mala vida y costumbres. Así como así, cosas mas raras se han visto, pues no hace muchos años que se espidió un real decreto diciendo que nadie tuviera por mulato á un intendente de Cuba (que realmente era mulato) para no hacer perder el prestigio á la autoridad del intendente, y sobre todo porque *tal era la voluntad del rey*. Desgracia fué que Fernando VII cerrase el ojo tan jóven, pues no hay la menor duda de que el que concedió la gracia de blanco á un mulato hubiera dado igualmente el título y honores de buen versificador al autor de *Isabel la Católica*.

Veamos si el señor Rubí es mas feliz en la gramática que en el arte de hacer versos.

¿Quiere V. E. ver como el señor Rubí convierte en activos los verbos neutros? Pues lea V. E. estos que Isabel la Católica dice á su caro esposo D. Fernando :

Sano ejemplo tendrán nuestros vasallos
porque sus pasos nuestros pasos guian.

y entre paréntesis, difícilillo es saber aquí quién guía á quien, si los pasos de los reyes á los de los

vasallos ó á la inversa ; pero hagamos vista gorda y prosigamos

y con el conquistamos el derecho
de *enmudecer* á la falaz malicia.

Se vé que el señor Rubí ha dicho eso de *enmudecer* en el sentido de obligar á callar ; pero tambien se vé que no lo ha dicho en regla , porque lo que Isabel podia proponerse no era *enmudecer* sino *hacer enmudecer* á la malicia , y de consiguiente se vé que el señor Rubí ha trabajado los verbos en el laboratorio de su entendimiento dándoles una elasticidad digna de mejor suerte.

Vea V. E. como se espresa Andres Cabrera, que Cabrera habia de llamarse para fusilar de este modo á la lengua castellana,

Defended á la reina ! ; Aquí soldados !
esas puertas cerrad..... y *al que* primero
se acerque á su dintel *caiga* sin vida

Que *caiga el que* se acerque, lo diria cualquier aficionado á la gramática , pero que *al que* se acerque *caiga*, solamente lo dice el señor Rubí, que pareciéndole poco eso de barajar los verbos activos y neutros, prueba que sabe confundir tambien el acusativo con el nominativo.

Vea V. E. estos cuatro renglones que Colon tiene la desfachatez de espetar á la reina.

Pues que *henchis* de aliento ahora
mi esperanza, á *vuestra Alteza*
á hablar voy con la franqueza
que *exijis* de mí, *señora*.

Donde van barajados los tratamientos de *Alteza*
y de *vos* para que V. E. no se estrañe si alguna vez
encuentra quien le dé el *escelencia* y el *usted* á un
mismo tiempo.

Vea V. E. como se esplica el Rey D. Fernando
al saber la vuelta de Colon:

Mas ya que os cuidais tanto de la gloria
de mi corona de Aragon y nuevas
tan gratas hoy me dais, á la vez mia
otras os quiero dar.....

Donde tambien falta la propiedad porque, como
V. E. sabrá mny bien, eso de cambiar el modismo
de *á mi vez* en el de *á la vez mia* no está autoriza-
do por el ministerio del ramo en lo relativo al ser-
vicio de la lengua castellana.

Vea V. E. como Isabel la Católica saltando por
encima de las leyes dice al célebre genoves:

Habla, Colon, que en tan supremo dia
están *mis reinos* de tu voz *pendiente*.

y de este modo verá que no satisfecho el señor Ru-
bí con equivocár los verbos activos con los neutros
y los casos acusativos con los nominativos, nos

dá á entender que tambien sabe confundir los singulares con los plurales. Dirá el señor Rubí que el consonante le obligaba á decir *pendiente* y no *pendientes* como la gramática exigia; pero le contestaremos nosotros que cuando no se puede ó no se sabe decir las cosas en verso se dicen en prosa, por que no es justo ni razonable subordinar los fueros de la lengua á los caprichos de la rima. Además que todo estaba remediado con decir:

está mi reino de tu voz pendiente.

Vea V. E. , en fin , como Colon enumerando las cosas que vió en el otro mundo, y parodiando lo que vió D. Simplicio en la luna , dice :

y allí teneis y tienen las Españas
á la orilla del mar, para cogerlas,
en rocas de coral bancos de perlas.

Y notará V. E. que el verbo *cogerlas* no se refiere á las perlas sino á los bancos, lo que puede pasar por una legitima concordancia vizcaina como la de pavos gordas ó gallinas flacos , de modo que despues de tantas travesuras lengüísticas se descuelga el señor Rubí equivocando el género masculino con el femenino.

Ahora bien : demostrado que el señor Rubí no ha dejado hueso sano á la lengua descargando su inexorable varápalo en casi todas las partes de la oracion , queda consignado que los conocimientos gra-

maticales del señor Rubí corren parejas con los versos de ISABEL LA CATÓLICA. Nada de esto ha podido por lo tanto agradar á V. E. y entusiasmarle hasta el punto de dar una muestra de estimacion á la literatura nacional simbolizada en la persona del señor Rubí; porque entonces habria V. E. desempeñado un papel parecido al del *oidor sordo* de la pieza titulada el *Maestro de Escuela* que, presenciando unos exámenes en que los estudiantes dicen que Aragon está en Africa y otros disparates de igual tamaño, concluye pronunciando un discurso en que se felicita de los adelantos que los muchachos han hecho y exortándoles á que sigan progresando como hasta entonces para gloria de la nacion y de las letras españolas.

¿Será, pues, la riqueza de la rima lo que le ha encantado á V. E.? Nosotros no lo creemos, porque este es precisamente el lado mas vulnerable del autor de ISABEL LA CATÓLICA; y para probarlo nos basta observar que tiene un cierto número de palabras de las que no sabe separarse, como *ahora*, que para el señor Rubí es el preciso, el indispensable consonante de *señora*, de tal manera que cuando asistimos á ver una de sus comedias, tan pronto como oimos decir *señora*, aunque la cosa debiera suceder *luego*, sabemos que ha de suceder *ahora*, y al revés, cuando oimos decir *ahora*, aunque los personajes que dialogan sean machos esperamos que el uno llame al otro señora. Pondremos por si queda alguna duda un estado de las veces que en ISABEL LA CATÓLICA se nota la falta que criticamos.

Cuadro 1.º Escena 1.ª

BEATRIZ. Es verdad, es verdad; pero *señora!*
¿aun no habeis advertido.....

Mirad á Pimentel!...

REINA. Si... se ha dormido.

Sonará con los ángeles *ahora...*

En la misma escena.

PIMENT. Es vuestra voluntad... bueno, *señora*,
yo mis pruebas haré y el cielo quiera
que os agraden.

REINA. Probemos desde *ahora*.

En la escena 6.ª del mismo cuadro.

REINA. Id y que anuncien *ahora*
este acuerdo á la ciudad

CARDEN. Lo anunciaré así: mirad
antes, si os place, *señora...* etc.

En la escena X del cuadro 2.º

BEATRIZ. Hasta *ahora*,
hablaste como un amante
hablar pudiera, delante
de su adorada *señora*.

En la misma escena.

GONZ. Saldremos al campo *ahora*;
esta es mi opinion, *señora*.

En la escena 1.^a del cuarto cuadro.

REINA. ¿Y ha de ser *ahora*?

BEATRIZ. Eso pretende, *señora*.

En la 3.^a escena del mismo.

GONZ. Porque de pensarlo así
años ha que yo, *señora*,
pruebas sin réplica os dí
y no dudareis *ahora*.....

En la 7.^a escena idem.

COLON. *Señora*,
el favor que alcanzo *ahora*.....

En la misma escena.

COLON. Pues que henchis de aliento *ahora*... etc.

Esta redondilla la hemos copiado anteriormen-
te criticándola bajo otro concepto.

En la misma escena el mismo Colon.

. *ahora*.
¿quereis que os hable, *Señora*.....

Y aun habrá, señor conde y vizconde, alguna que otra repetición de este género, que no citamos porque se nos va agotando la paciencia. Falta una consideración que hacer, y es que estando gran parte de las escenas del drama en romance, las repeticiones de *ahora* y *señora* que hemos citado pertenecen á medio drama, y falta por último observar que en las silvas que el señor Rubí ha puesto en ISABEL LA CATÓLICA hay muchos versos libres, siendo digno de notarse que de siete veces que se encuentra la palabra *Señora* por final de verso en las escenas 5.^a y 6.^a del quinto cuadro, cinco de ellas se halla en verso libre, sin duda por estar convencido el autor de que pecaba demasiado en usar su imprescindible *ahora* y no ha encontrado otros consonantes, como si no tuviera á su disposición las palabras *aurora*, *pastora*, *mejora*, *encocora*, *cantimplora* y *corroboradora*.....

Por lo demás, basta leer unos cuantos versos de ISABEL LA CATÓLICA para ver el abuso constante que hace el señor Rubí de rimar verbos con verbos y adjetivos con adjetivos, con lo que hasta la facultad de hacer buenos versos deja de ser una gracia, como que si tal libertad se consiente, los que estos renglones escriben se comprometen á estar improvisando versos todo el tiempo que necesita el señor Rubí para corregirse de los defectos que hallamos en sus obras.

No es por consiguiente la riqueza de la rima lo que ha provocado el entusiasmo de la corte.

¿Será la historia? Eso menos que nada. Es bien

sabido que todos los caracteres están adulterados y los hechos fuera de quicio, y esto lo disimularíamos nosotros, que maldito si necesitamos ni queremos leer á *Mariana* en verso, con tal que el señor Rubí quebrantase la ilacion histórica en alguna parte para producir un gran efecto teatral. ¿Pero qué ha hecho el señor Rubí? ¿Ha presentado alguna peripecia, algun rasgo brillante, alguna situacion que tenga suspensa la atencion del espectador durante un segundo? Se dirá que algo hay en el drama cuando el público le ha favorecido con su asistencia y sus aplausos. Pero este raciocinio queda pulverizado diciendo, que segun él, las mejores comedias que se han representado de algunos años á esta parte son la *Pata de Cabra*, el *Naufragio de la fragata Medusa*, los *Perros del monte de San Bernardo*, y por último ISABEL LA CATÓLICA, lo que seria un absurdo.

La proposicion de los admiradores de ISABEL LA CATÓLICA tiene dos partes: una la que dice relacion al buen éxito, otra la que se refiere á la concurrencia. Contestaremos á la proposicion haciéndonos cargo de todo. En cuanto á lo que llaman buen éxito debemos decir que muchas de las personas que han asistido una vez á ver ISABEL LA CATÓLICA no solamente no han vuelto á verla, sino que están bramando de haber gastado tan mal su dinero. Del resto de los concurrentes al teatro eliminaremos los amigos del autor, que ya porque le estiman personalmente, cosa que estamos distantes de condenar, ya porque no se les alcanza mas, aplauden sistemáticamente todas las producciones del señor Rubí, lo

que hace mas honor á su corazon que á su criterio. Queda pues una pequeña parte del público que sin prevencion de ningun género ha tenido un rato de solaz en ISABEL LA CATÓLICA; pero esta parte del público, ingenua y desinteresada tal vez, no se ha fastidiado por los esfuerzos de los actores que se han esmerado y aun inflamado para dar á la voz y á la accion el relieve de sentimiento y elevacion que no tiene el diálogo, por la elegancia de los trages, por la belleza de las decoraciones, por la superabundancia de actores que se han puesto en juego y por otros muchos recursos propios de un gran espectáculo. Teniendo presente todo esto, difícil seria averiguar quién ha divertido mas al público madrileño en la representacion de ISABEL LA CATÓLICA, si el autor, los actores, el pintor ó el sastre.

Hay otra cosa que puede haber escitado las simpatías del público, pero que no tiene que ver nada con el mérito literario del drama: hablamos de la parte patriotera, de esas frases huecas que lisongan el amor nacional, recursos tan fáciles para el que quiere emplearlos y tan seguros para obtener aplausos en el teatro, que basta apelar á ellos para escribir dramas al vapor y escribir dramas para recoger parvas de laureles. No reprobamos nosotros los arranques de patriotismo, sobre todo cuando no pertenecen al género vacío y fanfarron como en ISABEL LA CATÓLICA, pero si decimos que el sentimiento de nacionalidad es en el teatro una mina de facilísima explotacion.

Falta saber por qué las entradas que ha dado

ISABEL LA CATÓLICA han sido tantas y tan llenas, que es la segunda parte de la proposición de los rutinarios admiradores de la obra que criticamos. Contestaremos diciendo que las cuatro quintas partes del público han ido al teatro, no llamadas por el clarín patriótico, ni por los actores, ni por el pintor, ni por el sastre, sino por los elogios anticipados que se han prodigado al drama y por la importancia que le ha dado el saberse que había merecido el favor de ser leído delante de un ministro tan galante que premió al autor con una cruz de comendador; que se verificó otra lectura delante de la reina y de los demás ministros, y hubo espavientos á falta de emociones; que hizo, en una palabra, tanto ruido la obra, cosas que no tienen explicación tratándose de un drama como el que vamos criticando, á no ser que su mérito consista en la parte geográfica que es lo que vamos á examinar aunque ligeramente.

Oigamos á Colon en la famosa escena 7.^a del cuarto cuadro.

Dicen que esto solo encierra
el globo, y *dan bien contados*
trescientos sesenta grados
al ámbito de la tierra.

Nosotros preguntamos, ¿quién es ese majo que dá y sobre todo que dá *bien contados* los trescientos sesenta grados al ámbito de la tierra? ¿No sabe el señor Rubí que eso de dividir la circunferencia del círculo en trescientos sesenta grados es convencio-

nal, como podria serlo el haberla dividido en cuatrocientos ó en mil? Ahora bien ¿què idea tiene el señor Rubí de los grados de una circunferencia, cuando para hacer aplicacion al ámbito de la tierra necesita contar los *grados*? ¿Por ventura el mayor ó menor diámetro de un círculo hace que varie el número, aunque convencional, de los grados en que se considera dividida su circunferencia? ¿La teoría de un círculo no es igual para todos los círculos, como la de un triángulo equilátero para todos los triángulos equiláteros? Creemos con sobrado fundamento que el señor Rubí no tiene una idea muy clara de lo que son *grados* en el lenguaje de la ciencia, porque á tenerla, hubiera dicho que la tierra se consideraba dividida en trescientos sesenta grados, y no habria cometido la doble pifia de *dartos* y de tener que *contarlos*. Prosigue *Colon*.

Pero resulta medido
segun las leyes del *arte*...

Hasta ahora solo el autor de *Isabel la Católica* tiene el privilegio de haber llamado *arte* á las matemáticas. Nosotros podemos asegurar al señor Rubí que lo que él llama *arte* es *ciencia*, y no asi como se quiera, sino que es la ciencia madre; la ciencia de las ciencias. Debemos hacer estas observaciones para evitar que el señor Rubí ó alguno de sus imitadores se descuelguen un día con la desatenta gracia de llamar artistas á Mr. Arago, Newton, Galileo, Arquimedes y otros por el estilo.

Habla luego Colon de la redondez de la tierra y dice :

«Por que es redonda y cabal...»

en cuyo verso hay un gran error científico y un gran ripio : el error consiste en decir que es redonda la tierra, y si Colon ignoraba el aplastamiento de los polos, el señor Rubí ha debido ocultar lo que ignoraba Colon como tiene buen cuidado de no decir que á este mismo se le pusieron grillos reinando Isabel la Católica y que en el reinado de esta señora se estableció el tribunal de la Inquisicion. Esto es natural tratándo de hacer interesante el papel de la reina Católica, como lo seria el ocultar ú omitir los deslices científicos de Colon, si es que Colon pudo cometer los deslices científicos que le cuelga el señor Rubí, lo que se nos figura casi imposible. A bien que para enmendar estas faltas el autor del drama atribuye á Colon el descubrimiento de las leyes que rigen á nuestro planeta, haciéndole decir cosas que ignoraron los hombres hasta que Copérnico, algo posterior á Colon, y Galileo, bastante posterior á Copérnico, tuvieron la bondad de indicarlás y determinarlas. Continuando ahora en el exámen de la redondilla que nos iba ocupando, vemos que el señor Rubí dice que la tierra es *cabal*. ¿Qué habrá querido decir el señor Rubí? ¿Querrá decir que la tierra es cabal porque es redonda? Nosotros creemos que la tierra seria cabal aunque fuese de forma piramidal ó cilíndrica; por que si el todo es el conjunto de partes ó, en otros términos, si el conjunto de partes

equivale al todo, la tierra debe ser cabal cualquiera que sea su figura, puesto que no le falta ninguna de las partes que constituyen el todo ó conjunto. ¿Lo dirá el señor Rubí por el tamaño? Esto se parecería á lo que hizo cierto empleado de la aduana de Madrid, que para despachar á un sugeto que queria sacar dos fardos grandes y uno pequeño, lo que equivalia á tres fardos ó bultos escribió: « Permitase la salida á D. Fulano de tal con dos bultos y *médio*. » Tan difícil seria averiguar lo que entendia el tal empleado por bultos y medios bultos, como lo que el señor Rubí ha querido espresar al decir que la tierra es *cabal*. Esto no puede pasar sino como ripio, pero ripio grande, soberano, inmenso; principio y fin, *non plus ultra* de todos los ripios. Pero allá va eso:

«Porque es redonda y *cabal*;
seguro!... si no lo fuera,
turbaría de la esfera
el concierto universal.»

De modo que, segun la teoría del señor Rubí, para que el concierto universal no se interrumpa es preciso que todos los astros sean bolas de billar, lo que no podia caber en la cabeza de Colon á quien todavía se hace decir:

Pues bien; siendo así, veamos
si de hallar la tierra hay traza....

¿Qué tierra? preguntamos nosotros, y lo deci-

mos porque si Colon hubiera dicho que se proponia encontrar la tierra en vez de decir que se proponia encontrar una parte de la tierra, hubiera sido lo mismo que decir que habia habitado muchos años el globo sin encontrar el globo en que habitaba, lo que mas que de loco le habria valido y con razon el epiteto de insensato.

No estrañamos que *Isabel la Católica* despues de oir tales cosas concluya diciendo que no ha entendido una palabra : estrañamos solo que la buena señora que, como hemos dicho, viene á ser una segunda edicion del don Gerónimo en el *Médico á palos*, se llene de admiracion oyendo lo que no entiende.

Tambien es digno de notarse, aunque esto no pertenece á la cuestion geográfica que vamos examinando, este trocito de diálogo :

- REINA. ¿Cuánto necesitarás
en tu empresa por *ahora*?
- COLON. Un cuento, á lo mas, *señora*,
de maravedís:
- REINA. ¿No mas?
¡ Calla !... ¿no mas? ; me consuelas !
¿y... podrás ir?...
- COLON. Y volver.

Mire V. E., Sr. conde y vizconde, que la respuesta de Colon tiene tres pares de perendengues. ¿Pues qué? ¿cualquiera que hace un viage no cuenta con el presupuesto de gastos para ida y vuelta? Por

ventura Colon se habia de quedar allá? Esto es tan chusco, como chocante el que la reina para apreciar el genio del ilustre genoves necesitara la recomendacion de un lego, dando á la voz de un supuesto amor el crédito que no habia querido dar al voto de algunos inteligentes, en lo que se amengua, con notable detrimento de la verdad histórica, la gloria que cupo á Isabel la Católica por su cooperacion en la empresa del descubrimiento del Nuevo Mundo. Pero terminaremos, para no ser molestos, el exámen de la parte geográfica, copiando estas palabras que dice el Sr. Rubí por boca de Colon.

¡ Oh Dios!... tu entonces comprendiste solo
mi arrebatada, férvida alegría!
¡ por fin llegó de caminar de un polo
al otro polo el suspirado dia!

Prescindamos ahora de lo prosáico de la octava y del ripio soberano conque el Sr. Rubí para satisfacer el consonante en *olo* nos hace caminar á Colon sin *baldon ni dolo*. Pero de lo que no podemos prescindir es de que se diga que Colon halló el camino para viajar del uno al otro polo. ¿Sabe el Sr. Rubí que Colon hizo el viage caminando por entre los polos y no del uno al otro polo? Para ir de Zaragoza á Jaca ó viceversa ¿hay alguna necesidad de pasar por los cabos de Creux ó de Finisterre? El camino de hierro que se está haciendo de Madrid á Aranjuez podrá servir para trasladarse de Carabanchel á Alcobendas? Esto, Sr. conde, es lamentable como V. E.

puede comprender, y mas lamentable aun que todo ello haya sido, no decimos aplaudido, sino tolerado en la lectura de palacio, donde habia un ministro de la Gobernacion y otro de Estado, que deben saber matemáticas puesto que deben saber geografia; un ministro de Gracia y Justicia, que como hombre de carrera debe tambien saber matemáticas, que son la base de todos los conocimientos humanos; un ministro de la Guerra que, segun dicen, ha sido militar y que por lo tanto debe saber matemáticas tambien; un presidente del consejo que tambien debe saber matemáticas por que es militar, un ministro de marina que necesita saber matemáticas si ha de ser un mediano contraamaestre; un ministro de Hacienda que tambien debe saber matemáticas como hombre de guarismos, y finalmente un ministro de Instruccion pública que por hallarse al frente de la pública instruccion debe saber mas que todos.

Ahora bien: si tales cosas se han elogiado y premiado, aun conociéndolas, formaremos una idea bien pobre de la justicia con que los actuales ministros recompensan al saber y al mérito; si han obtenido premios y aplausos por no haberlas comprendido, formaremos una idea mucho mas pobre de la ciencia de nuestros gobernantes. Solo la idea de la injusticia puede escluir en este caso la de la ignorancia; solo en el refugio de la ignorancia se puede estrellar la acusacion de injusticia. No hay término medio ni mas consuelo para los ministros que hacer partícipe de cualquiera de estas calificaciones á la junta de censura del teatro Español, donde el drama

del Sr. Rubi obtuvo la unanimidad de los sufragios.

Seria el cuento de nunca acabar, señor conde y vizconde, si fuésemos á recorrer una por una todas las faltas que bajo todos conceptos se observan en el drama del señor Rubi. Podríamos estar escribiendo hasta que el marqués de Valdegamas abandone su filosofía estravagante, hasta que París, vuelva á Luis Felipe, ó hasta que los moderados hagan la felicidad de España, si nos detuviéramos á analizar muchos versos como estos

. Al Africa abrasada
con los mios iré y mis penas graves;

muchos rasgos como este :

. Segovia, de rodillas
ante la reina de las dos Castillas,

que como V. E. conoce raya en lo maravilloso, sobre todo si habia de arrodillarse tambien el acueducto, que debia tener ya en tiempo de Isabel la Católica bastante duros los huesos y entorpecidas las articulaciones, ó en fin si fuéramos á desmenuzar muchos contrasentidos como los que se encierran en estos versos que ya hemos citado otra vez

Y allí teneis y tienen las Españas
á la orilla del mar, *para cogelras*,
en rocas de coral bancos de perlas,

Donde se dá á entender que si la reina y las Españas tenían perlas, era con la obligacion de cogerlas; de modo que no siendo para cogerlas, ni la reina ni las Españas podian contar con las susodichas perlas. Esto corre parejas con aquello de decir Colon que trae joyas de *valimiento* en vez de decir joyas de valor, valer ó valia, pues sabe V. E. que la palabra *valimiento* espresa el valor moral mas bien que el valor intrinseco de las cosas, como cuando se habla del *valimiento* de un personage en la corte que seguramente no se trata de las pesetas que vale el sugeto sino del favor que disfruta.

En vista de ese racimo de defectos que con el título de ISABEL LA CATÓLICA ha valido al señor Rubi tantas distinciones y premios, permitanos V. E., señor conde y vizconde, que le hagamos una pregunta: El drama que el señor Rubi leyó á la reina, á V. E. y á los demás ministros, ¿ es el mismo que se ha representado en el teatro Español? Otra pregunta: ¿ No podria suceder que el señor Rubi hubiese escrito dos dramas con un mismo título, uno malo para darlo al público, que será el que criticamos, y otro bueno para leerlo en palacio que será el que le haya valido la proteccion de V. E.? Indudablemente hemos dado en el *quid*. Si por cierto: el señor Rubi ha escrito dos dramas, uno para leerlo en palacio y otro para darlo al teatro Español, en cuyo caso comprendemos que V. E. y sus colegas habrán tenido razon premiando una obra buena asi como V. E. y sus colegas comprenderá nque tambien tenemos razon nosotros criticando una obra mala. Por consiguiente

unos y otros debemos concluir respetándonos mutuamente: V. E. y sus compañeros estimarán nuestra censura considerando que no se trata del drama leído en palacio: nosotros daremos por bien empleados los premios tributados al señor Rubí en atención á que dichos premios no han recaído en el drama representado en el TEATRO ESPAÑOL.

Concluycamos, señor conde y vizconde, porque esta carta se va haciendo demasiado larga, y no queremos distraer por mas tiempo la atención de V. E. de los importantes negocios que tiene á su cargo. Creemos haber probado con la minuciosa autopsia que acabamos de hacer de ISABEL LA CATÓLICA, que este drama no ofrece en su conjunto ni en sus detalles una sola prenda, una sola belleza que haga digno á su autor de la distincion honrosa con que ha sido tratado por V. E. y sus ilustradísimos colegas. Si algun mérito tiene, nosotros no lo hemos sabido encontrar. Cuéntase de cierto sugeto que estaba perdidamente enamorado de una muger que, á mas de ser pobre, fea y vieja, tenia un genio de demonios, y á algunos de sus amigos que le echaban en cara la depravacion de su gusto, les contestó: Vosotros no habeis reparado en las orejas de mi pretendida; de otra suerte, lejos de tenerme lástima, me tendríais envidia.» Acaso el drama ISABEL LA CATÓLICA tenga alguna bella circunstancia que ha prendado el ánimo de V. E., sin que hayan reparado en ella sus atentos SS. SS. Q. B. S. M.

EL TIO CAMORRA—EL JESUITA

P. D.

Sentimos mucho que esta crítica que, por mas que parezca á algunos acre y corrosiva, nadie la tachará de apasionada sin acreditarse de apasionado él mismo, haya recaido en una produccion del señor Rubí, al mismo tiempo que nos alegramos de que hayan recaido en el señor Rubí las distinciones con que se le ha favorecido injustamente, si habian de recaer injustamente en otro. No faltará quien califique de hipócrita la manifestacion de este sentimiento, puesto que estaba en nuestra mano evitárnoslo, dejando de publicar esta crítica que podiamos muy bien no haberla hecho. ¡ No haberla hecho! He aquí lo que era casi imposible, atendido nuestro carácter, que se reacciona delante de todas las injusticias, y atendido el deber que nos hemos impuesto de derribar todas las opiniones usurpadas. Al cumplimiento de este deber sacrificamos hasta nuestras afecciones mas íntimas. *Amicus usque ad aras*. No nos arrepentimos, pues, de esta crítica; solo sentimos que una produccion del señor Rubí la haya motivado. El convendrá indudablemente con nosotros en que es un monstruo de suerte. No se la envidiamos sin embargo; esta carta no está dictada por la envidia, sino por nuestro amor á la justicia y el arte. Nos habiamos propuesto publicarla luego que cesasen las representaciones de ISABELLA CATÓLICA para no perjudicar al señor Rubí en sus intereses materiales, y esta misma consideracion nos ha obligado á retardar algo mas su publicacion, pues supimos

posteriormente que se trataba de señalar al señor Rubí una pensión vitalicia, como en efecto se le ha señalado ya. Ahora tiene ya su suerte asegurada; Dios se la conserve. Cualquiera que sea el efecto que esta crítica produzca en el ánimo del público, no herirá al señor Rubí mas que en su amor propio, y el señor Rubí se consolará fácilmente despues de leerla, ya que no con las distinciones que ha obtenido y el recuerdo de los aplausos que se le han prodigado, con los productos de las representaciones de su drama y la pensión vitalicia que se le acaba de señalar. Aunque con esta carta matásemos su reputacion literaria, podria decir, como el que hereda una fortuna inmensa de un deudo muy querido: *Los duelos con pan son menos.*



ERRATAS.

<u>PÁG.</u>	<u>LÍN.</u>	<u>DICE.</u>	<u>LÉASE.</u>
16,	13,	<i>imtempesiva</i>	<i>imtempesiva</i>
25,	27,	<i>Yo</i>	<i>Ya</i>
28,	9,	<i>ensayar</i>	<i>ensayarse</i>
38,	9 ^l ,	<i>autor</i>	<i>autor,</i>
id.	23,	<i>,vizconde</i>	<i>vizconde,</i>
43,	14,	<i>Fuenterrubia</i>	<i>Fuenterrabia</i>